



## **Ideología y adaptación partidaria: El Partido Comunista de Uruguay y el colapso del campo socialista (1985-2009)**

Trabajo preparado para su presentación en el V Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP).  
Buenos Aires, 28 a 30 de julio de 2010.

### **Autores**

Ana Laura de Giorgi (anadegiorgi@fcs.edu.uy)  
Adolfo Garcé (agarce@fcs.edu.uy)  
Federico Lanza (flanza@fcs.edu.uy)

Instituto de Ciencia Política  
Facultad de Ciencias Sociales  
Universidad de la República  
Uruguay

**Área temática:** Política Comparada

**Subarea Temática:** Procesos políticos en América Latina.

### **Resumen**

Desde la restauración de la democracia en 1985 en adelante, el Partido Comunista de Uruguay atravesó tres momentos bien distintos. Entre 1985 y 1989 fue su cuarto de hora de gloria. Entre fines de 1989 y mediados de 1992 se sumergió en una crisis impactante. Desde ese momento en adelante, ha ido reconstruyendo trabajosamente su estructura organizativa y parcialmente su influencia política. En este documento, que forma parte de una investigación en curso, se describe y explica esta trayectoria política a partir de la literatura sobre adaptación partidaria. Se argumenta que las explicaciones centradas en los factores organizacionales no se ajustan bien al caso, y que para poder explicar las decisiones de los dirigentes y militantes comunistas hay que recurrir a un enfoque centrado en el poder político de las ideas. La estructura del PCU se apoyaba en una aparentemente incommovible confianza en la certeza de sus ideas. Estas convicciones, a su vez, descansaban en una interpretación de la historia del siglo XX según la cual, el mundo estaba viviendo la “época histórica de tránsito del capitalismo al socialismo”. El colapso del campo socialista dinamitó la evidencia empírica sobre la que se apoyaba la fe de los comunistas uruguayos. En menos de dos años, el partido más potente de la izquierda uruguaya se derrumbó como un castillo de naipes.

## Introducción<sup>1</sup>

¿Qué sentido puede tener, a principios del siglo XXI, estudiar la trayectoria reciente del Partido Comunista de Uruguay (PCU), una organización que hace dos décadas no logra alcanzar el 4% del apoyo ciudadano en las elecciones nacionales? Como se verá, el caso no solamente es relevante para ex militantes afectivamente involucrados e historiadores detallistas. Además, ofrece una excelente oportunidad para visitar críticamente la literatura reciente sobre adaptación partidaria.

El PCU salió políticamente fortalecido del régimen autoritario en Uruguay (1973-1984). Entre 1985 y 1989 el PCU vivió su momento de gloria. Paradójicamente, su ascenso electoral durante el segundo lustro de los 80' contrastaba con la tendencia declinante que, ya en esos años, mostraban los partidos comunistas en el mundo occidental. La fase de apogeo llegó a su fin en 1989. Entre fines de 1989 y mediados de 1992, el PCU se desplomó estrepitosamente, pero no murió. Durante la última década ha logrado empezar a reconstruir su estructura organizativa. También logró volver a incidir en algunos procesos políticos de primer nivel. Tres ejemplos permiten ilustrar este último punto. En primer lugar, fueron el principal aliado del actual presidente, José Mujica, durante el proceso de selección del candidato del Frente Amplio. En segundo lugar, han vuelto a ser una fuerza muy influyente en la dirección del movimiento sindical. En tercer lugar, el cargo de Intendente Municipal de Montevideo será ejercido, entre julio de 2010 y julio de 2015, por Ana Olivera, integrante de la dirección nacional del PCU.

En este texto se argumentará que para entender el proceso del PCU es preciso dejar en un segundo plano los enfoques más usados en la literatura sobre adaptación partidaria que tienden a enfatizar el papel del liderazgo y de la estructura organizativa. El caso del PCU aporta evidencia empírica muy contundente acerca del poder político de las ideas. El estudio de la fase de crisis partidaria es, en este sentido, extraordinariamente ilustrativo. La crisis del PCU no puede explicarse a partir de las reglas internas de la organización. Los movimientos políticos de quienes intentaron adaptar al partido al brusco cambio en el entorno tampoco pueden reconstruirse como eslabones de una cadena de decisiones racionales orientadas a maximizar votos o cargos. A fines de 1990 los partidarios de la “*renovación*” controlaban la inmensa mayoría de los cargos. Un año después, desafiando los manuales de ciencia política, renunciaron a los puestos de dirección y permitieron que una fracción se organizara y los desplazara. No hay forma de explicar este proceso sin hurgar a fondo en la ideología de los comunistas uruguayos.

Además de esta introducción y la conclusión, el documento tiene cuatro capítulos. En el primero se presenta rápidamente la literatura sobre adaptación partidaria. En el segundo, se definen los principales rasgos de la ideología comunista. En el tercer capítulo se narran las principales etapas del proceso. En el cuarto se propone una explicación de la dinámica del PCU centrada en el poder político de las ideas.

---

<sup>1</sup> Este texto es el primer producto del proyecto “Apogeo, crisis y reconstrucción del PCU (1985-2009)”, coordinado por Adolfo Garcé, y financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica (Udelar). Queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a la Biblioteca Nacional, la revistas Búsqueda y Brecha, la Fundación Rodney Arismendi y al Partido Comunista de Uruguay. También a colegas que aportaron documentos o información: Daniel Buquet, Antonio Cardarello, Luis Senatore, Santiago López, Juan Andrés Moraes y Jaime Yaffé. Un agradecimiento especial para Richard Salvat y Vanesa Sanguinetti. También para los dirigentes comunistas, de diversas épocas, que aceptaron ser entrevistados.

## 1. Adaptación partidaria: hacia un enfoque centrado en la ideología

¿Por qué cambian los partidos de izquierda? ¿Por qué terminan abandonando muchas de sus ideas más radicales y ofreciendo programas de gobierno moderados? ¿Cuáles son los factores exógenos y endógenos que facilitan su mutación política e ideológica? Durante las últimas dos décadas, la Ciencia Política se ha ocupado extensamente de intentar responder estas preguntas. Siguiendo una huella clásica abierta, entre otros, por la teoría de Otto Kirchheimer acerca de la transformación de los partidos europeos de posguerra en partidos *catch-all*, Przeworski y Sprague (1986), en un trabajo ya clásico, presentaron una de las principales claves interpretativas de estos procesos: la moderación del ardor revolucionario de los partidos de orientación socialista en el mundo sería una consecuencia directa e inevitable de la asimilación de las reglas de la competencia electoral. Los partidos de izquierda se moderan porque deciden ganar elecciones: “*La decisión de participar no es más que un prólogo en la historia del socialismo. Pero los prólogos definen la obra completa. Una vez que los líderes de los partidos socialistas deciden entrar en la competencia electoral, el sistema electoral estructura sus opciones futuras*” (1986: 2). Para llegar al socialismo hay que competir electoralmente y ganar, pero para ganar hay que atenuar el programa y renunciar al socialismo, porque ningún partido socialista podrá ganar una elección sin obtener el apoyo de sectores no obreros de la población. La estrategia electoral enfrenta a los partidos revolucionarios a un severo dilema entre amplitud y profundidad. La estrategia electoral implica erosionar la perspectiva de clase, lanzar alianzas policlasistas y limar el contenido revolucionario de la propuesta del partido. Aunque los partidos no siempre tienen plena conciencia de ello, la mera decisión de competir electoralmente condiciona sus opciones posteriores.

Los estudios empíricos demuestran que no todos los partidos revolucionarios logran adaptarse del mismo modo a la competencia electoral. El modo en que cada partido se adapta a las circunstancias del entorno depende de sus procesos políticos internos. Partiendo del supuesto de que el factor *liderazgo* es clave, algunos expertos han argumentado que éste no se ejerce en el vacío sino al interior de determinadas reglas de juego fijadas por la organización. Por ende, sugieren analizar de qué modo la estructura organizativa del partido facilita o no la irrupción de liderazgos innovadores. Este enfoque ha sido empleado exitosamente por Levitsky en su estudio de la evolución ideológica del Partido Justicialista argentino durante el menemismo. Según este autor, la débil institucionalización del justicialismo (su relativa “*desorganización*”) le habría facilitado a Carlos Menem despegarse de la tradición estatista anterior del peronismo y construir nuevas bases sociales de apoyo para su política.

En el contexto de una literatura dominada por enfoques centrados en las estructuras organizativas, algunos autores han puesto de manifiesto la influencia de factores ideológicos en el proceso de adaptación partidaria. Quien, a mediados de los 90’, más se aproximó a considerar a la ideología como variable independiente ha sido Herbert Kitschelt.<sup>2</sup> Según este autor, para explicar *por qué* y *de qué modo concreto* algunos partidos llevaron adelante procesos de adaptación estratégica subóptimos, es necesario tomar en cuenta las tradiciones discursivas de estos partidos y del sistema político en el que están inmersos: “*voy a proponer –escribió– que las tradiciones políticas,*

---

<sup>2</sup> Kitschelt propone una definición de ideología que nos parece apropiada: “paquetes” de creencias y orientaciones que implican un set coherente de postulados y afectan la práctica social (1994:257).

*identificando argumentos e ideas aceptables, conforman el discurso interno en los partidos políticos y limitan el rango de posibles opciones estratégicas cuando los partidos enfrentan nuevos desafíos” (1994: 255).*<sup>3</sup> Repasando la experiencia del laborismo británico y de la socialdemocracia sueca durante los sesenta, Kitschelt mostró que la tradición discursiva de un partido dado no necesariamente es compatible con los énfasis programáticos que dicha organización debería incorporar en el marco de una estrategia electoral óptima. Dicho de otro modo: no alcanza con que una idea sea electoralmente conveniente para que un partido pueda incorporarla a su discurso. Las nuevas ideas del partido deben ser compatibles con el *stock* de argumentos preexistente. Si no lo son, la credibilidad del partido puede verse afectada. Sin embargo, el papel político de las ideas sigue siendo, en Kitschelt, secundario. Las ideas no explican por qué un partido dado termina adoptando una estrategia electoral subóptima sino por qué la estrategia escogida tuvo cierta dirección y no otra:

*“The fact that parties diverge from electoral strategic rationality is explicable in terms of organizational mechanisms of interest articulation and aggregation within parties (...), yet not the content of the political appeals that diverge from party’s electoral rationality. For this reason, the cases of British Labour Party and the Swedish social democrats have been particularly instructive. In both instances (...) only a logic of ideas shows how and in which way that divergence was accomplished” (278-279).*

Esta parte del argumento de Levitsky se recuesta en una larga y prestigiosa tradición teórica. Numerosos autores desde Downs (1957) a Klingemann, Hofferbert y Budge (1994), pasando por Hall (1989), han insistido en las nuevas ideas deben ser compatibles con la tradición ideológica. Esto no necesariamente es así. En Garcé (2006) se argumentó que un proceso exitoso de adaptación partidaria no necesariamente requiere que las nuevas ideas sean compatibles con las preferencias preexistentes. Hay partidos y movimientos políticos que, sin perder su identidad política, lograron defender en los 90’ preferencias en el plano de las políticas públicas completamente distintas de las que promovían a mediados de siglo. Los partidos populistas de América Latina, en general, y el justicialismo argentino, en particular, constituyen ejemplos paradigmáticos de estos virajes radicales. Por ejemplo, el caso del justicialismo argentino puede ser explicado, a la Levitsky, es decir, haciendo foco en aspectos organizativos o, mucho más simplemente, tomando en cuenta que la matriz ideológica justicialista está signada por un mandato imperativo a favor de la adaptación a las circunstancias. Desde siempre, la ideología peronista se ha caracterizado por sostener, como decía el propio Juan Domingo Perón, que *“mejor que decir es hacer”* y que *“la doctrina debe ser elástica”*. Nadie debería sorprenderse si una organización política así, cuya ideología, siempre se caracterizó por defender abiertamente la legitimidad de la adaptación de la doctrina a las circunstancias, logra oscilar fácilmente del estatismo al liberalismo, y del proteccionismo al librecambismo. Las mutaciones programáticas de los partidos populistas sugieren que las matrices ideológicas pueden ser tan o más importantes que las estructuras organizativas a la hora de explicar procesos de adaptación partidaria. Este enfoque teórico fue aplicado con buenos resultados al estudio de la exitosa y radical transformación del Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros (Garcé 2006). El MLN-T pudo pasar de ser una organización guerrillera que rechazaba la *vía electoral* y el *reformismo* (en los 60’) para convertirse en una eficiente maquinaria electoral (cuatro décadas después) porque nació renunciando consciente y radicalmente

---

<sup>3</sup> La traducción nos corresponde (AG).

a la elaboración teórica y pregonando abiertamente la conveniencia de una aproximación pragmática a la política (“*las palabras nos separan, la acción no une*”; “*la teoría surge de la práctica*”).

Evidentemente, algunas ideologías facilitan más que otras la adaptación partidaria. Esta afirmación supone asumir que existe un nexo profundo entre el plano de las ideas y el de las prácticas. Pero esto, que vale para los partidos, vale también para cada uno de sus militantes. La literatura sobre adaptación partidaria no sólo ha dejado demasiado en la sombra el papel de la ideología como variable independiente. Tampoco ha explorado suficientemente, en el otro extremo de la cadena causal, el impacto de los cambios ideológicos en el comportamiento individual de los militantes. En general, los estudios sobre partidos ponen en la mira a la organización y sus fracciones. Cuando se detienen en el plano individual, es para rescatar el papel de los líderes (de partido o de fracción). La peripezia del militante, habitualmente, queda fuera de foco. Sin embargo, el estudio de la vida cotidiana es una dimensión muy relevante de la práctica política del partido. Los procesos de adaptación no solamente requieren que los partidos modifiquen su discurso y sus objetivos programáticos. También requieren cambios en el estilo de reclutamiento de los militantes, en las formas de organización y en el estilo de militancia.

Nuestra insistencia en recuperar el poder explicativo de las ideas debe ser colocada en el contexto del *ideational turn* reivindicado temprana y elocuentemente por Mark Blyth (1997), brillantemente reseñado y reorganizado en Schmidt (2008). Los enfoques centrados en ideas tienen mucho para aportar al esclarecimiento de la política. Pero, como argumenta Blyth, para ello es necesario que cobren un nuevo status teórico:

*“Political scientists should be more concerned with the role of ideas in politics. Both of the examples discussed here serve as possible research strategies. However, they make clear that, if the study of the effects of ideas is to progress, then ideas can not be seen simply as a ready-made solution to the endemic problems of another body of research. We need more “bright ideas” about ideas, not more “bright ideas” intended to fix up institutionalist theory or repair inadequate conceptions of the individual”.*

Las ideas no son solamente un parche, un argumento *ad hoc*, al que cabe acudir cuando fracasan los enfoques centrados en instituciones o intereses. Las ideas pueden explicar algunos procesos políticos mejor que la dinámica de los intereses y que las estructuras organizativas.

## 2. La ideología de los comunistas uruguayos

¿Cómo caracterizar la ideología de los comunistas uruguayos?<sup>4</sup> Para contestar el *cómo* hay que empezar por definir el *cuándo*. La respuesta reconoce diferencias importantes en función de cuál se el contexto histórico (no es lo mismo el PCU de 1921 que el de 1945, o 1973). En este documento nos interesa centrarnos en la trayectoria de los comunistas uruguayos desde 1985 (restauración de la democracia) a 2010 (inicio de la segunda presidencia del FA). La pregunta inicial, entonces, debe ser formulada así:

---

<sup>4</sup> Existen muy pocos antecedentes académicos. Los tres más útiles son Caetano y Rilla (1991), Caetano, Gallardo y Rilla (1995) y Silva (2009).

¿cuáles eran los principales rasgos de la ideología del PCU antes de la restauración de la democracia? Simplificando, diremos que la ideología comunista es una ideología que se apoya en cuatro pares conceptuales en permanente tensión: (i) ciencia y creencia, (ii) vanguardia y democracia, (iii) líder y partido, y, (iv) internacionalismo y nacionalismo.

**i) Ciencia y creencia.** Numerosos autores, desde Raymond Aron en adelante, han presentado la ideología comunista como una religión laica. Existen al menos tres buenas razones para compartir esta definición. En primer lugar, la ideología comunista, como las doctrinas religiosas, tiene un fuerte vector moral. En segundo lugar, el militante comunista consagra su vida a aliviar las penas de los que más sufren mediante la difusión de su credo. En tercer lugar, en el mundo conceptual del comunista, no hay espacio para la duda. No obstante, como bien señala Silva, existen algunas diferencias importantes entre la fe religiosa y la ideología comunista:

*“Mientras que la fe se sostiene en un misterio insondable e indemostrable y por lo tanto se ubica a sí misma en el plano de las creencias, el optimismo del revolucionario se deslizaba, mediante una operación ideológica, en una certeza científica que él creía que le permitía prever el destino de la humanidad (Silva 2009:19). La conexión entre ciencia y creencia es un rasgo central del pensamiento comunista. Al afirmar el cimientamiento de sus convicciones políticas en la roca firme de la ciencia y la evidencia empírica, los comunistas, al decir de Furet, podían “actuar en la historia sin las incertidumbres de la historia”.<sup>5</sup>*

Ciertamente, el vigor de la ideología revolucionaria de los comunistas no puede explicarse sin tomar en cuenta el carácter científico que le atribuyen a sus convicciones. En uno de los manuales “oficiosos” clásicos de filosofía marxista puede leerse: “Es importante recalcar que Marx y Engels descubrieron al carácter materialista dialéctico del desarrollo de la vida social. Crearon el *materialismo histórico*, teoría científica del desarrollo social, método del conocimiento y transformación revolucionaria de la sociedad. El materialismo histórico, que representa *la ciencia de las leyes más generales del desarrollo de la sociedad*, es parte integrante de la filosofía marxista” (Afanasiev 1985:16, cursivas en el original). La ideología comunista se visualiza a sí misma como el socialismo científico. Este aspecto era especialmente potente en el comunismo uruguayo (Caetano y Rilla 1991: 23). Al decir de Rodney Arismendi, líder histórico del PCU (fue Secretario general entre 1955 y 1988), “*Con Marx y Engels el socialismo pasa de utopía a ciencia*” (1977:5). La teoría marxista-leninista es la “*ciencia de la liberación de los trabajadores*” (Arismendi 1983:131). Más claramente aún: “*Los comunistas somos científicos, partimos rigurosamente de la realidad social en movimiento, de sus hechos, leyes y tendencias para definir nuestras tareas en cada momento histórico y en cada situación particular*” (Arismendi 1962: 392). Según Arismendi, y este argumento es de la mayor importancia para entender la tremenda crisis que se desencadenó en el PCU a partir del derrumbe del campo socialista, la historia del siglo XX demostraba el acierto de la visión de los comunistas.

**ii) Vanguardia y democracia.** La ideología comunista aloja una tensión insoluble entre vanguardia y democracia. La revolución y la construcción del socialismo tiene leyes que solamente pueden ser conocidas por quienes manejan la herramienta adecuada: el marxismo-leninismo. Las sociedades, como los habitantes de la caverna platónica, están

---

<sup>5</sup> Citado por Silva (2009: 20).

atrapados en un mundo de sombras, viven prisioneros de las apariencias. Solamente los comunistas, como quienes aprenden a cultivar la filosofía en la Alegoría de la Caverna, alcanzan a contemplar las *esencias*. Solamente se realizaría la justicia en el mundo, sólo resplandecería la “*idea del Bien sobre la polis*”, cuando el partido, como el filósofo de Platón, lograra tomar las riendas del gobierno. La necesidad del partido de vanguardia, como la del Filósofo-Rey en Platón, guarda una relación estrecha con los supuestos gnoseológicos previos. Sin embargo, existe una diferencia importantísima entre la filosofía platónica y la ideología comunista. Mientras Platón, en el contexto de la decadencia del siglo de Pericles, formula una crítica radical de la democracia (en la medida en que es un régimen basado en la *Doxa*), el marxismo-leninismo, que se asoma al mundo cuando empieza a tomar velocidad la primera ola de la democratización, intenta compatibilizar la teoría de la vanguardia con el ideal del gobierno democrático. Esta tensión que, como norma general, recorre teoría y práctica de los partidos comunistas, no podía estar ausente de la trayectoria del PCU. Corriendo el riesgo de resbalar hacia el “*excepcionalismo*” del caso uruguayo, podría decirse que los comunistas uruguayos vivieron esta tensión con especial intensidad. Siempre se sintieron profundamente leninistas. Siempre quisieron asumir el papel de vanguardia. Pero les tocó vivir en una de las democracias menos inestables y más pluralistas de América Latina.

**iii) Líder y partido.** La tensión entre vanguardia y democracia se traslada al interior del partido comunista. El partido es a la sociedad lo que la dirección es a la masa de militantes. La dirección del partido la que realmente domina la ciencia de la revolución. La preeminencia de la dirección sobre los militantes no es solamente consecuencia de la teoría leninista de organización según la cual el partido debe ser como un ejército, capaz de “golpear como un solo puño”. Aunque formalmente se abran los canales más amplios para la participación de los afiliados en diversas instancias, el militante asume que dentro del partido existe una jerarquía. Esta jerarquía, además de ser política, es intelectual, en la medida en que se fundamenta en que tanto los dirigentes como los afiliados consideran que la dirección del partido maneja mejor los códigos y secretos de la doctrina marxista-leninista. Todos asumen que quienes ocupan los cargos de dirección han logrado avanzar más que los militantes comunes hacia la *Episteme*, el conocimiento verdadero. También aquí, la analogía con la arquitectura de las organizaciones religiosas es extraordinariamente llamativa. El Comité Central (CC) es al resto del partido lo que su Secretario general al CC. Para ser un verdadero líder comunista, para ejercer autoridad real sobre los demás dirigentes y sobre la masa de afiliados, hay que demostrar ser el mejor en el manejo de la doctrina. Esto no fue así en todos los partidos comunistas. Tampoco fue así siempre en el PCU. Pero es una excelente definición del lugar que ocupó Arismendi durante más de cuatro décadas entre los comunistas uruguayos. Arismendi no era el líder de los comunistas por ser especialmente simpático o por tener arraigo en el movimiento obrero. Arismendi fue el jefe indiscutido de los comunistas uruguayos porque ejercía un poderoso liderazgo intelectual. Fue el principal responsable de las elaboraciones teóricas del PCU, como puede comprobarse revisando los materiales de los congresos y su proficua producción bibliográfica. La inmensa autoridad política de Arismendi no tenía otra fuente que la ampliamente reconocida potencia de su capacidad teórica al interior de la tradición marxista-leninista y del movimiento comunista internacional.

**iv) Internacionalismo y nacionalismo.** Finalmente, la ideología comunista se caracteriza por la tensión entre internacionalismo y nacionalismo. El internacionalismo

está en el punto de partida, en la génesis misma del movimiento comunista. Una de las condiciones que debían aceptar los partidos que quisieran ingresar a la Internacional Comunista era “*apoyar incondicionalmente a todas las Repúblicas Soviéticas*”. La defensa de la URSS, primero, y del campo socialista, más tarde, será uno de los rasgos más característicos del PCU (Caetano y Rilla 1991:23-38). En este sentido, los comunistas uruguayos, a partir de fines de la década del 60’, mantuvieron una polémica permanente con aquellos partidos comunistas (como el Partido Comunista Italiano) que cuestionaban abiertamente algunas políticas de los países del campo socialista. El PCU, dentro del movimiento comunista internacional, se destacó por su “*ininterrumpida adhesión a la URSS*”, para usar la acertada expresión de Silva (2009:159). El PCU acompañó, como la sombra al cuerpo, cada giro, hasta el más inesperado, de la política soviética. Censuró el estalinismo y el culto a la personalidad después del XX Congreso del PCUS y del Informe Secreto de Kruschev; justificó todas y cada una de las intervenciones de la URSS en otros países (desde Hungría en 1956 hasta Afganistán en 1980); se enfrentó con el Partido Comunista Chino desde comienzos de los 60’ y celebró la Perestroika con Gorbachov. Mientras tanto, en el plano doméstico, el PCU fue capaz de desarrollar exitosamente un conjunto de lineamientos políticos autónomos que formaron parte de su teoría de la revolución en Uruguay. La vocación internacionalista no le impidió encontrar formas de “nacionalizar” su propuesta política, acompañando un movimiento de encuentro con la tradición política nacional que vivió, en mayor o menor medida, toda la izquierda uruguaya a partir de esa época (Caetano y Rilla 1993; Lanzaro 2000; Yaffé 2005). Los comunistas participaron muy activamente en el movimiento obrero y estudiantil. Además, hicieron un esfuerzo sistemático por contribuir a la construcción de la unidad de las fuerzas de izquierda, en torno a un programa “*democrático avanzado*”, de contenido “*antioligárquico y antiimperialista*”. La estrategia de los comunistas contribuyó fuertemente a la construcción del Frente Amplio, en 1971. Un gobierno del FA sería, de acuerdo a la elaboración teórica de la época, una vía de aproximación al socialismo. A pesar de su activísima participación en la lucha electoral, los comunistas uruguayos pensaban que la “*vía más probable*” a la revolución socialista en toda América Latina, Uruguay incluido, sería la vía armada. En este punto, los comunistas uruguayos se separaban claramente de sus camaradas chilenos pero también, aunque en menor grado, del enfoque propuesto por el PCUS a partir de su XX Congreso (que teorizó acerca del incremento de la probabilidad de la vía pacífica a partir del nuevo escenario internacional surgido al finalizar la segunda guerra mundial).<sup>6</sup>

### **3. Tres etapas en la trayectoria del PCU (1985-2009)**

El Partido Comunista del Uruguay fue creado en 1920 luego de que la mayoría del congreso del Partido Socialista, surgido en 1910, decide aceptar las 21 condiciones impuestas por la III Internacional (ratificadas en el I Congreso Extraordinario en 1921). Desde entonces el partido va a seguir fielmente el modelo de partido leninista y defenderá los lineamientos establecidos por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). En contrapartida el grupo minoritario decide continuar organizado bajo el

---

<sup>6</sup> El líder de los comunistas uruguayos reflexionó largamente sobre las “vías de la revolución”. Su posición puede leerse en Arismendi (1970). En el exilio, después del golpe en Uruguay y de la derrota de la “vía pacífica” en Chile, no hizo más que reafirmar su posición anterior (Arismendi 1983:191-209). La posición del Partido Comunista de Chile sobre la lucha armada puede rastrearse en Álvarez (2003, 2007).

nombre de Partido Socialista (PS). En 1955, una fracción liderada por Rodney Arismendi promueve el alejamiento de Eugenio Gómez (secretario general) y de su hijo (secretario de organización), acusándoles de fomentar el culto a la personalidad (Turiansky 2010:19). A partir de ahí la nueva dirección impulsará una teoría de la revolución para el Uruguay basada en un proyecto de acumulación de fuerzas durante el cual se irían construyendo alianzas tanto político-partidarias como sociales (Turiansky 2010). De esta forma se intentaba romper el aislamiento en que se encontraba el partido con respecto al resto de la sociedad. En ese momento el PCU tenía 4.500 cotizantes e incidía solamente en algunos sindicatos obreros. El viraje interno no significó un cambio de política respecto al bloque socialista. El PCU siguió entendiendo que la principal contradicción era entre el campo capitalista y el campo socialista y que, por ende, cualquier crítica a la URSS beneficiaría a sus enemigos.

En sus primeras cuatro décadas de existencia el partido siempre obtuvo una votación poco relevante (entre el PS y el PCU apenas llegaban al 10 % del electorado). En 1946, el PCU alcanzó su mayor votación del período previo al golpe de 1973, al beneficiarse del aumento del prestigio de la URSS derivado, a su vez, de su participación en la derrota del fascismo durante la Segunda Guerra Mundial (ver Anexo). En los años 60', luego de fracasadas las negociaciones impulsadas por los comunistas para construir una alianza electoral con los socialistas, cada uno de estos partidos buscó por separado aumentar su caudal electoral a través de la creación de alianzas electorales con otros sectores políticos. En esta apuesta tuvieron mejor resultado los comunistas con el Frente Izquierda de Liberación (cuyas siglas, FIdEL, hacían clara referencia al líder de la revolución cubana) que los socialistas con su Unión Popular (UP) que los dejó sin representación parlamentaria. En realidad, al igual que en 1946, la mayor parte del aumento registrado por el FIdEL se debió a un trasiego de votos entre los dos partidos de izquierda.

La estrategia unificadora del PCU cosechó más éxito en el terreno sindical. A mediados de la década del 60' se lograba unificar a la mayoría de los sindicatos en una sola central (la Convención Nacional de Trabajadores – CNT) superando la división en varias centrales en que se encontraba el movimiento sindical desde hacía décadas. El PCU contará desde entonces con un peso muy importante en su dirección. Su estrategia sindical fue siempre de acumulación de fuerzas a través de movilizaciones generales, evitando así conflictos puntuales demasiado radicales. Esta línea de acción estaba permanentemente cuestionada por las tendencias más extremistas que competían con los comunistas por la influencia en los sindicatos. Los comunistas también gravitaban en el movimiento estudiantil (en especial en la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay- FEUU), pero ahí la competencia con otros sectores de izquierda era mayor.

Un desafío político muy importante para los comunistas (en la competencia por ampliar su influencia en los sectores populares y en especial en la clase media) fue el surgimiento de la guerrilla. Rodney Arismendi pensaba que, más allá de buenos deseos, la vía armada hacia la revolución era la más probable en América Latina, por la fuerte presencia política, económica y militar de EEUU en la región y por la segura resistencia de la “oligarquía” a cualquier intento de afectar sus intereses. Al mismo tiempo, Arismendi estaba en contra del uso sistemático y dogmático del foco guerrillero “a la cubana” como método de construcción de la fuerza social de la revolución. Así lo dejó en claro tanto en el discurso de cierre que realizó en la conferencia de la OLAS realizada en Cuba en 1967, donde su posición quedó en franca minoría, como en

numerosos discursos, conferencias y libros (Arismendi 1970; Arismendi 1983). En consonancia con esta perspectiva, a partir de 1964 el PCU organizó una estructura militar secreta. Hasta el día de hoy, la verdadera finalidad del aparato armado es motivo de polémica entre comunistas y estudiosos.<sup>7</sup>

Con la CNT, la UP y el FideL como antecedentes cercanos no es de extrañar que en 1971 se creara el Frente Amplio (FA), una coalición integrada por socialistas, comunistas, demócrata cristianos (escindidos del partido Unión Cívica en la década del 60), independientes, y sectores provenientes de los partidos tradicionales. En las elecciones del mismo año, la coalición alcanzó un 18%, casi lo mismo que la suma de lo que habían obtenido por separado los sectores que la integraron. En febrero de 1973 un sector de las FF.AA. desafió la autoridad del presidente Bordaberry. El PCU, junto con otros sectores de izquierda, interpretó de sus documentos (los comunicados 4 y 7) que podía haber un sector *peruanista* (militares progresistas afines al movimiento encabezado por Velazco Alvarado que había realizado un golpe de Estado en Perú unos años antes). Pero las suposiciones del PCU eran erradas. El proceso iniciado por el pacto firmado entre un aislado Bordaberry y las FF.AA. culminará en la instalación de una dictadura que duraría casi 13 años (junio de 1973 a marzo de 1985).

Durante la dictadura los comunistas fueron reprimidos con especial saña. Esto no impidió que mantuviera hasta el final de la dictadura un número importante de militantes en la clandestinidad.<sup>8</sup> La estructura clandestina estaba en contacto con la dirección del partido en el exterior encabezada por Arismendi desde la URSS. En el exilio, el PCU, a la par de participar en muchos países donde se encontraban miles de uruguayos en las estructuras del FA y de la CNT, impulsó junto con el sector mayoritario del partido Nacional liderado por Wilson Ferreira Aldunate, la creación de Convergencia Democrática, una alianza suprapartidaria que intentaba unificar la lucha contra la dictadura. En las elecciones internas de los partidos tradicionales de 1982 (toleradas por el régimen dictatorial a los efectos de elegir a las autoridades partidarias que llevarían a cabo las negociaciones con los militares luego del triunfo del No al proyecto de reforma constitucional plebiscitado en 1980), el PCU convocó en un principio a votar por los sectores democráticos para asegurar una nueva derrota electoral de los sectores favorables al régimen. Pero tras un pedido expreso del Gral. Liber Seregni, líder del FA, que desde la cárcel mantiene una fluida comunicación epistolar con Arismendi, los comunistas se pliegan a su postura de convocar al voto en blanco, para dejar constancia de la persistencia del FA. El importante caudal de votos en blanco, tomado como un triunfo por el FA dadas las difíciles circunstancias en que debió

---

<sup>7</sup> Entre 1968 y 1972, durante el período de transición hacia el régimen autoritario, hubo estudiantes y obreros comunistas muertos en diversas circunstancias. Ni en esos momentos ni durante la dictadura, los comunistas optaron por usar el aparato armado. Sobre el aparato armado ver Yaffé y Buchelli (2007) y Pérez (1996:27-28).

<sup>8</sup> El PCU insistió mucho, durante y después, de la dictadura en que había sido “el partido de la resistencia”. El siguiente pasaje de su Secretario de Propaganda de la época, Esteban Valenti, es una ejemplo de esta política: “La reconquista de la democracia fue obra colectiva de todos los uruguayos honestos y nadie tiene el derecho a desconocer este hecho que enaltece al país y a su pueblo, pero no fue igual el sacrificio y el precio pagado por las diferentes fuerzas políticas en esta gesta. Los comunistas pagaron por sus ideas por su consecuente lucha democrática con más de 8 mil presos, 2500 procesados por la dictadura y condenados a largas penas, la mayoría brutalmente torturados, miles de exiliados y una inagotable columna de militantes clandestinos que mantuvieron siempre viva la llama de la resistencia aun en los momentos mas oscuros”. Esteban Valenti, *La Hora*, 4 de agosto de 1985, p9

realizar la campaña, no impidió que los grupos democráticos triunfaran holgadamente en ambos partidos tradicionales.

### **Primera etapa (1985-1989): apogeo**

Para las elecciones nacionales de 1984, realizadas con cientos de políticos proscriptos (entre los cuales estaban Arismendi, Seregni y Ferreira Aldunate) se repite la situación de 1971. A pesar de los años de represión el FA obtiene un porcentaje muy similar y la lista integrada por el PCU obtiene una importante representación parlamentaria.

De nuevo en la legalidad, el PCU recuperará, con el apoyo del presidente colorado Julio María Sanguinetti, parte de sus bienes confiscados durante la dictadura. El principal desafío para el PCU era lograr confluir en forma armoniosa a los comunistas provenientes de cuatro vertientes: los que provenían del exilio, los que emergían de la clandestinidad, quienes salían de la cárcel y los nuevos afiliados. Entre estos últimos, había destacados dirigentes del PIT (Plenario Intersindical de Trabajadores) y de ASCEEP (Asociación Social y Cultural de Estudiantes de la Enseñanza Pública), organizaciones creadas durante los últimos años del régimen de facto autorizados por este con la esperanza de disputar estos espacios a la izquierda. La fusión entre el PIT y la vieja CNT, y de la ASCEEP con la FEUU, echó por tierra estos planes pero implicó en la práctica un desplazamiento de los más jóvenes (la llamada *generación del 83*, protagonista de las movilizaciones convocadas por las organizaciones sociales en momentos en que estaban estancadas las negociaciones entre los partidos tradicionales y los militares) por los dirigentes más veteranos.

Muchos militantes plantearon la necesidad de que el partido discutiera algunas decisiones que la dirección había tomado en los últimos años (ante los comunicados 4 y 7 en 1973, ante el levantamiento de la huelga General de 1973, ante el voto en blanco en 1982, respecto al aparato armado). También reclamaron que se analizara el comportamiento que tuvieron los comunistas durante la dictadura (los que brindaron información sobre sus compañeros durante los interrogatorios, los que no esperaron el orden del partido para salir del país, o facilitaron la captura del fichero por parte de las fuerzas represivas, etc.). Pero la dirección decidió soslayar el debate para evitar el riesgo de entrar en un proceso de debilitamiento interno. Las críticas y denuncias fueron escuchadas por la Comisión de Control pero no hubo *“rectificación de la línea”* adoptada hasta entonces ni sanciones. Esto ocasionó que algunos disidentes, en su mayoría integrantes de la generación del 68, comenzaran a distanciarse de las estructuras partidarias. Muchos de los que siguieron militando acumularon un malestar que estallará más adelante, durante el período de la crisis.

El PCU salió de la dictadura reafirmando, en términos generales, los planteos teóricos, estratégicos y tácticos elaborados en las décadas anteriores. Sin embargo, aparecieron algunas novedades significativas. El primer cambio importante se registró en el plano de la estrategia política. El PCU levantó la consigna *“avanzar en democracia hacia una democracia avanzada”* en la Conferencia Nacional de 1985. Esta orientación permitió conciliar la vieja teoría de la revolución con una nueva valoración de la democracia. En segundo lugar, el PCU modificó su logotipo para incluir, junto a la hoz y el martillo, la bandera de Uruguay y la del FA. El PCU, sin abdicar del leninismo, emergió de la dictadura más democrático, más uruguayo y más frenteamplista.

En el terreno de las prácticas también hubo cambios y continuidades. Parte de la reconstrucción pasaba por recuperar ciertas prácticas, rutinas y rituales que constituían la identidad comunista y la reproducían cotidianamente, como el rito de la entrega del carné, los planes, las campañas financieras, la difusión de la prensa partidaria y los espacios de formación política (Escuelas Elementales y Vespertinas).

Durante este primer lustro post dictadura el partido creció intensamente (aproximadamente 50.000 afiliados al partido y 20.000 a la UJC) convirtiéndose en la fuerza política con mayor cantidad de militantes. Buscando facilitar el crecimiento del partido y la incorporación de los afiliados a actividades de militancia, después de la dictadura apareció una innovación conceptual importante: el PCU se propuso ser un “*partido habitable*”. Esto significaba, además, reconocer que no se podía exigir, como antes, una dedicación exclusiva a los militantes si se quería evitar que los comunistas se aislaran del resto de la sociedad. Otras innovaciones organizativas muy significativas, que revelan cambios en el plano ideológico, son la formación de la Comisión de la Mujer y de la Comisión de Movimientos Sociales.

La gravitación del PCU, en esta etapa, era decisiva en las organizaciones sindicales y estudiantiles. Contaba con una radio de alcance nacional, un diario y un semanario (mantenidos estos gracias a la donación de toneladas de papel por parte de la URSS). La elección de noviembre de 1989 marcó el punto culminante de esta primera etapa de la vida del PCU después de la restauración de la democracia. Los comunistas lograron una votación extraordinaria. Democracia Avanzada, la etiqueta electoral con la que el PCU y sus aliados más cercanos comparecieron a la elección, captó el 47% de los votos del FA (ver Anexo). Los comunistas lograron conformar la bancada parlamentaria más grande de su historia: 10 de los 99 diputados y 4 de los 30 senadores fueron electos por Democracia Avanzada (2 senadores y 7 diputados comunistas). Para explicar este excelente desempeño no sólo hay que tomar en cuenta la innovadora campaña publicitaria realizada y la poderosa estructura organizativa de la que disponía. El PCU dio muestras, durante el año 1989, de ser capaz de priorizar la unidad del FA a su propio interés. Entre otros ejemplos pueden mencionarse su propuesta de permitir que el candidato a la vicepresidencia, Danilo Astori, un frenteamplista independiente, encabezara todas las listas al Senado del FA.

### **Segunda etapa (1989-1992): crisis**

La victoria del FA en Montevideo y la excelente votación de los comunistas fueron el lado amable de un año especialmente traumático para los comunistas uruguayos. En pleno verano se consumó la fractura del FA al retirarse el ala más moderada, poniendo fin a un largo proceso de desencuentros internos. El 16 de abril de 1989 fracasó el referéndum que intentó derogar la Ley de Caducidad de la Pretensión Punitiva del Estado, luego de dos años de recolección de firmas e intensa campaña propagandística impulsada por un vasto movimiento en donde los comunistas tuvieron una participación gravitante. Ambos hechos desanimaron a la militancia, especialmente a los más jóvenes.

A fines de abril, en una entrevista televisiva, Jaime Pérez, que había sido nombrado, a propuesta de Arismendi, secretario general en el XXI congreso del PCU (1988), ante la pregunta de un periodista acerca de su opinión sobre la dictadura del proletario dio una respuesta que tomó de sorpresa a todos, periodistas, políticos y militantes comunistas. Afirmó que él (quién sufrió duramente la cárcel durante la dictadura) estaba en contra

de “*todas las dictaduras*”. A muchos comunistas les sorprendió que una modificación teórica de esa envergadura no hubiera sido debatida previamente en los organismos partidarios ni cuidadosamente justificada desde el punto de vista teórico. Por razones de fondo y de forma, el planteo chocó violentamente contra la tradición partidaria. El debate sobre la dictadura del proletariado marcó el inicio de la crisis del PCU. Valenti, uno de los principales protagonistas de la peripecia del PCU en el período estudiado, explicó en los términos siguientes la gravedad de lo ocurrido:

*“Jaime Pérez dijo cosas muy incómodas y en momentos extremadamente incómodos. (...) Y desató el Pandemonio. Era todavía la época en que los secretarios generales no se equivocaban. Eran infalibles. Y la suya no fue una respuesta con sustento teórico, resultado de una profunda revisión ideológica y apoyada en una base crítica, fue una respuesta desde su propia experiencia, desde su propia visión del país y desde su futuro y desde el estómago. (...) Era lo que pensaba y lo que sentía.... En el PCU hasta ese momento la dictadura del proletariado era una de las piedras angulares de toda su historia teórica y del propio nacimiento del Partido en 1921. Era el perno de su definición leninista, de la polémica de Arismendi con los eurocomunistas en las conferencias de los partidos comunistas en los años 60. Era un cimiento. Y sacudir los cimientos es duro muy duro. Todos éramos capaces de ser críticos hasta que llegábamos a las puertas de los templos sagrados, allí reinaba el silencio. Y Jaime se animó”.*<sup>9</sup>

Los problemas en la interna comunista se agravaron rápidamente por dos factores adicionales. En pocos meses, durante el segundo semestre de 1989, el PCU perdió dos referentes fundamentales, uno externo, otro interno. Por un lado, se hizo evidente el colapso definitivo de los regímenes del campo socialista. En términos simbólicos, el momento más importante fue la destrucción del Muro de Berlín el 9 de noviembre. Pero también generó un trauma severo en militantes y cuadros comunistas la derrota del Frente Sandinista en las elecciones de febrero de 1990. Por otro lado, en el terreno doméstico, el 27 de diciembre murió Rodney Arismendi.

Desde fines de 1989 en adelante, se van a ir configurando dos corrientes bien marcadas en la interna del PCU. Los que van a apoyar los planteos de Pérez se van a autodenominar “*renovadores*”; quienes los rechazan se autocalifican como “*históricos*”. Los primeros acusan a los otros (a quienes llaman “*ortodoxos*” o “*conservadores*”) de sabotear todas sus iniciativas y de no reconocer que el mundo ha cambiado. Los segundos, en cambio, denuncian que los primeros (a quienes llaman “*reformistas*”, “*eurocomunistas*” o “*liquidacionistas*”) buscan “*aniquilar*” al partido y “*hacerle el juego a la derecha*”.

El PCU comenzó a vivir una situación inédita. Un partido acostumbrado a las unanimidades y a las certezas, a debates ordenados y orgánicos, se encontró, de pronto, discutiendo sobre los temas más inesperados a través de los medios de comunicación. Ya no se respetaban las reglas tradicionales. Las formas en que se procesaba la discusión eran nuevas: era una discusión pública, donde el partido quedaba expuesto y sus diferencias exteriorizadas y personalizadas en ciertas personas, algo impensado para un Partido Comunista. La prensa tuvo la posibilidad de realizar un seguimiento profundo de los debates. Las discusiones del CC se transmitían por la radio. El partido,

---

<sup>9</sup> Esteban Valenti, *Bitácora*, 4 de febrero de 2004.

de hecho, había cambiado sus prácticas, aunque algunos, de un bando y de otro, no estuvieron de acuerdo.

Mientras que en la URSS, en el congreso del PCUS realizado en julio de 1990, Gorbachov no conseguía que sus principales colaboradores fueran electos para los cargos de dirección, los comunistas uruguayos *renovadores*, aparentemente, seguían manteniendo la iniciativa. En el ámbito interno parecía que la llamada *renovación* triunfaría, como en Italia, sin mayores dificultades. En el XXII Congreso del PCU, celebrado en octubre de 1990, sus partidarios fueron electos (por primera vez a través del voto secreto) para ocupar la mayoría de los cargos del CC. La *renovación* no se había propuesto, todavía, cuestionar los principales pilares en que se había construido el partido al mantener su definición de partido de clase, marxista y leninista.

En 1991 los *renovadores* pisaron el acelerador. El contexto internacional parece haber jugado un papel importante. En países tan dispares como Italia, Polonia, Finlandia, Suecia, Holanda y Gran Bretaña los partidos comunistas cambiaban su nombre, como ya habían hecho en Hungría y en Bulgaria, y/o se dividían. En España y Francia su influencia se vio seriamente reducida luego de sufrir una profunda crisis interna. En Portugal y Grecia, donde los comunistas habían mantenido una posición crítica respecto a la Perestroika, pudieron soportar mejor el temporal. Pero el shock externo más importante, otra vez, provino de la URSS. A comienzos de 1991 Gorbachov acelera las reformas. El PCUS renuncia a la ideología marxista-leninista y se anuncia la voluntad de refundar la URSS sobre nuevas bases. Los comunistas “ortodoxos” dan un golpe de estado para revertir el proceso. El golpe fracasa por la resistencia de la población. Pero toda la cadena de eventos tiene un impacto devastador sobre los comunistas uruguayos. Si bien la dirección del PCU emite una declaración de condena al golpe, algunos dirigentes de larga trayectoria en el partido cuestionan si eso no terminará “favoreciendo a los enemigos del comunismo”. Este momento de incertidumbre ideológico se confunde con un debilitamiento del funcionamiento de los organismos partidarios y con una severa crisis financiera. El partido pierde la radio, el diario y debe cerrar varios locales por no poder mantenerlos. El tono del debate interno se vuelve cada vez más violento (acusaciones de traición y divisionismo). Todo está en discusión: cuestiones organizativas, la posición en torno a Cuba, la Perestroika, las razones de los problemas financieros, la “*estafa soviética*”, la situación del diario, etc. La fraternidad se desvanece. La masa de afiliados se bate en retirada sin saber bien cuál de los bandos tiene razón o haziada del fratricidio (se calcula que solamente 5.000 afiliados permanecieron en la estructura orgánica después de la crisis). No estaban dispuestos a apoyar a los históricos por su postura de negarse a aceptar la necesidad de adecuarse a la nueva realidad, pero tampoco se sumaron a los *renovadores*, desconfiados de la velocidad con que muchos de sus líderes habían modificado radicalmente ideas defendidas con vehemencia durante muchos años. Desde la prensa partidaria, el 1º de setiembre de 1991, Jaime Pérez propone la formación, con otros sectores de la izquierda, de una nueva estructura, el “*partido del socialismo democrático*”. El texto apenas había sido conocido por el Comité Ejecutivo de PCU (fue una novedad para la mayoría de los miembros del CC). Las otras colectividades de ideología socialista no recogieron el guante. Si bien sus dirigentes, al ser requeridos por la prensa, no rechazaron la iniciativa, tampoco se decidieron por hacer algún movimiento en esa dirección. Pérez propone una regla no prevista por el estatuto para que el partido se pronuncie: plebiscitar la propuesta entre todos los afiliados. El CC se reúne para debatir (6 y 7 de setiembre). Otra vez, parecía que la *renovación* terminaría triunfando. La

propuesta del jefe del partido es aprobada con 54 votos a favor y solamente 3 en contra. Ante este hecho, los *históricos* deciden organizarse en una fracción para frenar la “liquidación” de la tradición comunista. El mecanismo estatutario que encuentran es la convocatoria a un Congreso Extraordinario mediante la recolección de firmas (10% de los afiliados).

Pero la batalla decisiva entre los dos bandos se libró antes de la realización del Congreso Extraordinario. A fines de 1991, se reunió la Conferencia Departamental de Montevideo. En Montevideo se concentraba el 60% de los afiliados del país. La Conferencia rechazó la propuesta de Jaime Pérez, aprobó proponer la suspensión del plebiscito y “continuar el debate”. El resultado de la elección del Comité Ejecutivo Departamental confirmó la victoria de los *históricos* que obtuvieron la mayoría de los cargos. Si bien los candidatos eran votados en forma individual por primera vez los delegados conocían con anticipación la integración de las dos listas en pugna, la *histórica* liderada por Marina Arismendi (hija del histórico dirigente) y la *renovadora* encabezada por Esteban Valenti (principal aliado de Jaime Pérez y responsable de la propaganda partidaria). La lucha entre fracciones se hizo pública. En los días en que se desarrolló la Conferencia aparecieron pintadas y se difundieron volantes (atribuidos por algunos dirigentes a los servicios de inteligencia policial y militar) que echaban más leña al fuego. Casi todos los miembros del ejecutivo departamental identificados con la *renovación* no llegaron a ocupar sus cargos, convencidos de que se había llegado a un punto en que resultaba imposible seguir trabajando con los *históricos* y renunciaron.

A un mes del plebiscito convocado por el CC, el PCU se encontraba en una situación de dualidad de poderes. Por un lado, la Dirección Nacional, todos los parlamentarios e integrantes del gobierno municipal, a favor de la *renovación*; del otro la Dirección de la Departamental de Montevideo avalada por la Conferencia, único pronunciamiento masivo hasta entonces, a favor de la línea *histórica*. Ante la encrucijada el CC resolvió suspender el plebiscito y convocar a un Congreso Extraordinario para el año siguiente tal como solicitaban los 5.000 firmantes. Para algunos *renovadores* esto sólo cambiaba el lugar de disputa pero, otros, ganados por el desánimo, interpretaron la decisión como una derrota definitiva. El Comité Ejecutivo de la UJC renunció. La ajustada victoria de los *renovadores* en Canelones, segundo departamento en cantidad de habitantes, quedó opacada por la derrota en otros cuatro departamentos donde se celebraron conferencias.

En el primer CC del año 1992 Jaime Pérez sorprendió a todos, una vez más, al anunciar su decisión de renunciar al cargo de Secretario general y al CC. En la reunión del CC del sábado 4 de abril, Jaime Pérez y otros 13 integrantes del Comité Ejecutivo renunciaron a todos sus cargos de dirección. Según Jaime Pérez, el PCU se había pronunciado rotundamente a favor de la *renovación* en el XXII Congreso (1990): “Allí se terminó con el concepto de la dictadura del proletariado, con la lucha armada, con el partido guía, pero eso no impidió que quienes defienden la fe y el Islam empantanaran al Partido. ¿Qué tendríamos que haber hecho, expulsar a la fracción?”. Y agregó: “Si eso hubiéramos hecho, estaríamos como antes de 1955”.<sup>10</sup> Sin embargo, no todos los *renovadores* abandonaron la estructura partidaria antes de la realización del Congreso Extraordinario. Algunos, como León Lev (diputado y ex Secretario general de la UJC), habían optado por permanecer en el PCU. Estaban dispuestos a buscar una transacción con los *históricos* que permitiera salvar lo poco que quedaba de la unidad

---

<sup>10</sup> Diario *La República*, domingo 5 de abril de 1992, Montevideo, pp.2-3.

partidaria. A esa altura, las diferencias entre las dos tendencias ya eran demasiado profundas. La mayoría de los congresales no estaban dispuestos a facilitar una transacción. Sentían que, tras la llamada *renovación*, se escondía la intención de robarles la identidad comunista. El PCU quedó irremediabilmente fracturado. León Lev responsabilizó de la división a los “*ultras*” de ambas tendencias, a los históricos por el clima de intolerancia y a los renovadores por renunciar antes del congreso a “*dar la batalla*”. Luego de retirarse afirmó que “*cuando una mayoría circunstancial se considera dueña de la verdad, es el principio del fin. Se han quedado con el mango, pero quizás no con la sartén*”.<sup>11</sup>

### **Tercera etapa (1992-2009): reconstrucción**

La retirada de los últimos *renovadores* puso punto final a la crisis de identidad del PCU. La nueva dirección retomó los lineamientos teóricos, estratégicos y tácticos que habían caracterizado a la tradición comunista hasta el estallido de la crisis. Sentían que, interpretando adecuadamente la visión de la mayoría de los militantes comunistas, habían evitado que el partido abandonara los principios básicos de su identidad ideológica. En el XXIII Congreso, celebrado en diciembre de 1993, José Luis Massera, considerado como el principal teórico del partido luego de Rodney Arismendi, sostuvo que la crisis “*no fue otra cosa que la rebelión de la base, contra la dirección que traicionaba y abjuraba del marxismo-leninismo, de la lucha de clases y del socialismo*”.<sup>12</sup>

La reconstrucción de la vida interna del PCU chocó con numerosos obstáculos. En primer lugar, el partido inició esta tercera etapa sumergido en una profunda crisis financiera. El partido había contraído deudas muy importantes durante la campaña electoral a las que, crisis mediante, no había podido hacer frente (casi un millón de dólares en cheques a pagar). En los problemas financieros se combinaban diversas circunstancias: i) la recaudación por concepto de aportes de los organismos de base se redujo a su mínima expresión; ii) la decisión de los parlamentarios electos en las listas auspiciadas por el PCU de no renunciar a estos cargos ni contribuir económicamente con el partido; iii) el fin de la ayuda material del campo socialista, que había sido muy importante para el funcionamiento de la prensa partidaria; iv) los juicios entablados contra el partido por particulares que habían perdido sus bienes por ponerlos en garantía para facilitar el alquiler de locales del PCU.

En segundo lugar, el PCU quedó profundamente marcado por la experiencia vivida entre 1990 y comienzos de 1991, cuando la orientación de la dirección tomó por un camino distinto al que prefería la mayoría de los afiliados. Ha sido muy difícil para la dirección adquirir autoridad y algún grado de autonomía respecto a los afiliados. A diferencia del viejo PCU, en el que la palabra de la dirección era “*sagrada*”, los militantes comunistas en esta nueva etapa tienden a desconfiar de sus dirigentes (Yaffé 2010:82). Tampoco aceptan fácilmente asumir posiciones políticas que no comparten. En algunos momentos muy importantes de la vida del partido y del FA, la dirección ha tenido que hacer esfuerzos muy especiales para persuadir a los militantes de apoyar ciertos planteos como la creación del Encuentro Progresista (en 1994) o el apoyo a la

---

<sup>11</sup> Semanario *Brecha*, junio 1992.

<sup>12</sup> Revista *Estudios* N° 111 marzo, 1994.

precandidatura presidencial del ex guerrillero José Mujica (en 2008). El militante comunista de ahora es mucho más rebelde y mucho menos disciplinado que el de antes.

En tercer lugar, en parte como consecuencia de la debilidad en términos de legitimidad de la dirección partidaria, el PCU ha seguido experimentando conflictos internos intensos, que no siempre pudieron ser canalizados a través de las normas estatutarias. En una publicación reciente puede leerse:

*“Algunas de las manifestaciones irregulares en el PCU y la UJC, pasaron por el desconocimiento a resoluciones del Partido, la discusión por fuera de los organismos, la formación y acción de una fracción actuando en forma inocultable (lo que generó actitudes fraccionales en otros camaradas ‘para enfrentar la situación’), los ataques permanentes a la dirección, el voto y la campaña contra los candidatos de la 1001, las diferentes orientaciones políticas llevadas adelante en la vida y en los congresos del Frente Amplio y del PIT-CNT, el impulso de una línea paralela a la del Comité Central, (...), el planteo de autonomía política de la UJC respecto al PCU, llevando ostensiblemente una línea política de masas antagónica a la impulsada por el Partido (...). Por determinado período, el Partido se mostró públicamente dividido en ‘dos bandos’, denominados dentro y fuera del PCU como ‘marinistas’ y ‘abrinistas’<sup>13</sup> (...). Hemos asistido al desconocimiento de las resoluciones del Partido hacia las Elecciones Internas del 28 de junio de 2009, por parte de cuadros de Dirección con importantes responsabilidades institucionales, políticas y partidarias, manifestándose públicamente en la prensa, incluso integrando otras listas y haciendo campaña electoral apoyando a otros candidatos” (Yaffé 2010:84).*

Uno de los temas que más problemas genera en la interna del PCU es cuál debe ser la posición respecto al gobierno frenteamplista. Entran en tensión dos objetivos políticos fundamentales para los comunistas. Por un lado, los comunistas sienten el gobierno del FA como propio en la medida en que dedicaron décadas enteras y mucha energía a la construcción de la unidad de la izquierda. Por el otro, se sienten obligados a “vigilar” que el gobierno del FA no se modere en exceso. El gobierno del FA es un paso hacia la “democracia avanzada” que, a su vez, constituye, en la visión de los comunistas, un mojón importante en la lucha por el socialismo. Los comunistas se debaten, permanentemente, entre defender el gobierno del FA y cuestionarlo. Pero los conflictos internos no solamente se relacionan con esta temática. En general, el PCU de hoy es más diverso que el de antes de la dictadura.

De todos modos, 20 años después del estallido de la crisis más profunda de su historia, el PCU ha logrado sanear sus finanzas y avanzar en la reorganización de su aparato militante. No ha sido posible acceder a datos precisos sobre el número de afiliados, pero algunas estimaciones indican que ronda los 10.000. El PCU está nuevamente presente en los 19 departamentos. Según Carlos Yaffé, que fuera Secretario de Organización entre 1998 y 2005, “en el 2008 se logró que dieciséis departamentales elaboraran su plan político, cada uno con diferentes características, pero todos apuntando a los mismos objetivos estratégicos definidos por el Comité Central” (Yaffé 2010:77). El mismo año, el PCU volvió a utilizar el instrumento de la “emulación”: “Hacía más de quince años que no era posible utilizar este instrumento, que constituye un estímulo

---

<sup>13</sup> Los “marinistas”, partidarios de los planteos de la dirección nacional encabezada por Marina Arismendi. Los “abrinistas”, partidarios de los planteos de Ruben Abrines, en ese momento, Secretario del Comité Departamental de Montevideo.

*moral y político importante para la militancia”* (Yaffé 2010:77). El número de organismos de base reunidos en cada congreso da una pauta de los progresos y problemas del proceso de reconstrucción del PCU.

Evento partidario	Fecha	Organismos reunidos
XXIV Congreso	Junio 1996	111
XXV Congreso	Noviembre 1998	234
XXVI Congreso	Diciembre 2001	265
III Congreso Extraordinario	Setiembre 2003	312
Encuentro Nacional de Militantes Comunistas	Diciembre 2004	355
XXVII Congreso	Junio 2006	346
V Congreso Extraordinario	Julio 2007	295
XXVIII Congreso	Noviembre 2008	277

Fuente: Yaffé (2010:80).

Durante los primeros años que siguieron al Congreso Extraordinario, la capacidad de incidencia del PCU quedó disminuida a su mínima expresión. En realidad, apenas tenía fuerzas para evitar que el FA adoptara algunas decisiones. Por ejemplo, en 1994 vetó la designación de Marcos Carámbula como candidato a la Intendencia Municipal de Canelones por el FA (este dirigente había tenido una participación destacada en las filas de la *renovación*) y el ingreso del grupo Confluencia Frenteamplista (CONFA) al FA (cuya principal figura era el ya mencionado dirigente *renovador* León Lev). En 1996, todavía la situación orgánica era muy difícil como puede leerse en las *Bases de discusión* para el XXIV Congreso:

*“Autocríticamente se debe manifestar que no hemos conformado una dirección colectiva. Las legítimas explicaciones válidas luego del Congreso Extraordinario respecto a la inexperiencia total ya no resultan admisibles. (...) en la integración, funcionamiento y capacidad de resolución real del CC existen carencias y limitaciones que exceden los meros retrasos, y que no se explican únicamente por la irresponsabilidad de individuos y en cambio se constituyen en expresión de problemas más profundos (...) retrasos en la formación de cuadros, dirección disminuida en el número de miembros electos, heterogénea en el nivel teórico y político, con insuficiencias en su elaboración, con dificultades para transformar sus definiciones en práctica cotidiana, (...) un CC no suficientemente disciplinado. (...) Parte de la crisis partidaria se expresa en reiteradas violaciones al centralismo democrático, a la disciplina y al principio de la unidad de acción de los comunistas. (...) No existe una política de cuadros planificada y controlada y ordenada en el conjunto de los organismos del Partido, comenzando por su Comité Central. La cotización al partido fue una batalla perdida en la confrontación ideológica en torno a las modificaciones estatutarias del XXII Congreso de 1990. Sigue siendo hasta ahora una derrota de nuestras concepciones ya que fuimos incapaces de revertir en la cabeza de los comunistas, y en el trabajo orgánico, el vínculo y la reafirmación que significa la puesta al día de la estampilla”.*

A pesar de todas las dificultades, poco a poco, el PCU ha logrado volver a ser una fuerza política influyente. Está muy lejos de tener la capacidad de incidencia de fines de la década del 80'. Sin embargo, sus militantes tienen un peso decisivo en dos estructuras políticas fundamentales: el PIT-CNT y el FA. Algunos de los dirigentes sindicales más conocidos e influyentes integran el PCU. Cobraron un protagonismo político muy importante durante los años de la última gran crisis económica (1999-2002), cuando la desocupación trepó a casi 20% y la pobreza se disparó. El movimiento sindical

uruguayo, otrora poderoso y que se había debilitado tanto durante la década del 90', volvió a hacer sentir su peso en el sistema político. Algunos dirigentes comunistas, como Juan Castillo, emergieron a la escena pública liderando este proceso. Por otra parte, los militantes comunistas han sido decisivos en la estructura organizativa del FA.<sup>14</sup> A fines de 2007, bloquearon el intento de renovar la presidencia del FA. A fines del 2008, los partidarios de impulsar la precandidatura a la presidencia de José Mujica debieron negociar con la dirección del PCU para asegurarse que los delegados comunistas, en el congreso del FA de diciembre, apoyaran su postulación. Finalmente, haciendo valer nuevamente su poder de negociación en la estructura orgánica del FA, lograron la designación de una dirigente del PCU, Ana Olivera, como candidata a la Intendencia Municipal de Montevideo para la elección departamental de mayo de 2010.

#### 4. Ideología y adaptación partidaria en el PCU

El derrumbe estrepitoso del PCU entre 1989 y 1992 es uno de los procesos de cambio partidario más impactantes de las últimas décadas en el sistema político uruguayo. Lo más impresionante es que, mirado desde las teorías más aceptadas sobre adaptación partidaria, lo hizo cuando estaba en inmejorables condiciones para impulsar un proceso de cambios que le permitiera llevar todavía más lejos su influencia política. En primer lugar, como se dijo en el capítulo 2, la literatura insiste en que, el éxito o el fracaso de los procesos de adaptación partidaria, depende de que nuevos líderes, con nuevas propuestas, logren acceder a la dirección del partido. La literatura señala, en ese sentido, que, a veces, las estructuras organizativas obstaculizan el recambio de las elites partidarias. Levitsky, en particular, ha insistido mucho en este punto:

*“La renovación de los dirigentes aumenta la flexibilidad estratégica. Allí donde las jerarquías partidarias están rutinizadas, a menudo bajo la forma de una burocracia, la renovación suele ser lenta: los dirigentes de la vieja guardia se atrincheran en la jerarquía partidaria y los filtros para el reclutamiento, así como las normas establecidas sobre la carrera política interna, mantienen a raya los movimientos de corte reformista” (Levitsky 2005:22).*

Este argumento no explica el fracaso de la *renovación*. Es cierto que el PCU era un ejemplo perfecto de partido *rutinizado*. También es cierto que, salvo durante la crisis del 55, la *renovación* de la dirección había sido cuidadosamente regulada por la “*vieja guardia*”. Sin embargo, como vimos en el capítulo anterior, los *renovadores* no

---

<sup>14</sup> Los comunistas, concientes de su capacidad organizativa, insistieron en modificar los Estatutos del FA para incrementar la influencia de los representantes de los comités de base en los principales organismos de dirección del FA. Jaime Pérez, en 1985, planteaba este tema en los siguientes fundamentos políticos: “Desde su nacimiento el FA ha tenido una característica de extraordinaria importancia (...): nació como una coalición de fuerzas políticas pero simultáneamente se fue desarrollando en una experiencia que consideramos maravillosa a través de la participación de decenas de miles de ciudadanos enmarcados en los comités de base (...). Es decir que consideramos que estos dos aspectos del Frente, el de coalición de fuerzas políticas y de unidad de las bases en los comités debe ser expresado en su reestructura. No creo cometer ningún tipo de desliz al decir acá que el proyecto de reestructura que apoyamos se pronunciaba por una representación en el Plenario Nacional del 50 por ciento de delegados electos por los comités de base. No sé a que soluciones se va a llegar si será un 50 por ciento o menos pero nosotros somos partidarios de la máxima representación de los Comités de Base que son los que le dan la extraordinaria vitalidad y capacidad movilizadora al Frente Amplio”. Jaime Pérez, *El Popular*, 27 de septiembre de 1985, p.6.

tuvieron ningún problema para, muy tempranamente, tomar el control de los resortes más importantes de la máquina partidaria. En realidad, ya a fines de 1988, en el XXI Congreso, los dirigentes que poco después conformarían la tendencia *renovadora* ocupaban los principales cargos de dirección. En ese congreso, Jaime Pérez fue designado secretario general. Edgar Lanza, secretario de organización. Esteban Valenti, el principal ideólogo de la tendencia *renovadora*, fue confirmado en el cargo de secretario de propaganda. La hegemonía de la corriente *renovadora* fue todavía más evidente en el XXII Congreso, realizado dos años después. Según Valenti, 67 de los 70 miembros del CC electos en ese congreso se inclinaban hacia posiciones renovadoras.<sup>15</sup> Rodney Arismendi, que siendo un leninista de pura cepa y sin ser, por ende, un *renovador*, había impulsado algunas innovaciones en la orientación política del PCU desde 1985 en adelante (como la propuesta de “*avanzar en democracia hacia una democracia avanzada*”) y propiciado el ascenso de Pérez y Valenti, quedó, en los hechos, en un segundo plano desde fines de 1988 hasta su muerte un año después.

En segundo lugar, la literatura señala que las normas organizativas internas de un partido pueden obstaculizar el desarrollo de estrategias innovadoras por parte de la dirección. Aquellos partidos en los cuales los militantes y cuadros intermedios pueden obligar, mediante mecanismos institucionales, a rendir cuentas a los dirigentes por las decisiones adoptadas, restringen el margen de autonomía de la dirección y dificultan la emergencia de estrategias innovadoras. Este argumento no funciona para explicar el fracaso de la *renovación* del PCU. En el PCU, como en cualquier partido leninista, la dirección nacional tiene un gran margen de autonomía para adoptar decisiones relevantes. La funcionalidad de las estructuras de tipo leninista a los procesos de adaptación partidaria a cambios en entorno ha sido adecuadamente señalada por Kitschelt. En los partidos leninistas la elite dirigente tiene grandes niveles de autonomía respecto a la base del partido. La estructura organizativa, en realidad, opera como *correa de transmisión* de las decisiones de la dirección partidarias (Kitschelt 1994:214-214). Esta característica organizativa de los partidos comunistas, lejos de ser casualidad, es inherente a la teoría leninista. Cuando Lenin propuso un *partido de nuevo tipo* lo hizo, precisamente, en nombre de la flexibilidad ante los desafíos del entorno. El partido debía ser como un ejército, disciplinado, coherente, unido. Fiel representante de esta tradición, en el PCU el máximo organismo de dirección es el congreso de los delegados. Pero, entre congreso y congreso, la dirección efectiva del partido es ejercida por el CC. En los hechos, el CC era habitualmente designado a partir de la iniciativa de la elite dirigente del partido. En un partido de este tipo, el poder de veto de militantes y cuadros intermedios a las orientaciones de la dirección nacional es mínimo. La regla, profundamente internalizada en la ideología de los comunistas uruguayos, de la prohibición de fracciones, llevaba un nivel muy alto el costo de la coordinación de quienes quisieran oponerse a la estrategia innovadora. En definitiva: ninguna estructura organizativa es tan funcional a los objetivos de una dirección innovadora como la de los partidos comunistas tradicionales. La dirección fija la orientación política. Los cuadros intermedios y los afiliados se limitan a difundir y aplicar la “*línea*”. Los *renovadores* no sólo disponían de una amplia mayoría en todos los organismos de dirección nacional e intermedia. Además, manejaban un partido acostumbrado a obedecer disciplinadamente la orientación de la dirección.

---

<sup>15</sup> Entrevista de los autores con Esteban Valenti, mayo de 2010.

## El papel de la estrategia de los renovadores

La literatura también sugiere que, para que un partido logre adaptarse con éxito a los desafíos del entorno, como señala Levitsky, “*sus dirigentes tienen que elegir una estrategia apropiada*”: “*Esto no es obvio, pues los dirigentes pueden no reaccionar ante el cambio en el entorno o reaccionar con excesiva lentitud; también pueden escoger estrategias ineficaces*” (Levitsky 2005:13). Luego de presentar los enfoques centrados en los cambios en el entorno económico, agrega este autor: “*Un enfoque alternativo de la adaptación partidaria busca sus causas dentro de los partidos, en especial en su dirigencia. Por ejemplo, Richard Rose y Thomas Mackie (...) argumentan que ‘las decisiones personales de los dirigentes’ son ‘de primera importancia’ para explicar la adaptación partidaria*” (Levitsky 2005: 14-15). La estrategia de los dirigentes *renovadores*, desde luego, es un factor clave. Algunos momentos son más apropiados que otros para desencadenar una nueva estrategia política novedosa. El lanzamiento de una innovación significativa requiere que la dirección tenga grados importantes de legitimidad. Una dirección que viene de cosechar una derrota política difícilmente pueda encontrar eco en el partido para sus nuevas propuestas. Cuando Jaime Pérez y Esteban Valenti aceleraron el debate a favor de la *renovación*, el PCU venía de obtener la victoria electoral más resonante de su historia política. Valenti, en particular, podía reclamar para sí el crédito de haber dirigido la campaña electoral más creativa y efectiva en mucho tiempo. La dirección del PCU, en general, y los dirigentes de la *renovación*, en particular, salieron fortalecidos del proceso electoral de 1989. El masivo apoyo obtenido por sus principales referentes en el XXII Congreso (1990) refuerza esta interpretación. Los dirigentes renovadores no lanzaron su proyecto en un momento inapropiado. Entre 1988 y 1990 consiguieron controlar la dirección del partido. Como demuestra la votación del CC del XXII Congreso, tenían un amplio apoyo entre afiliados y cuadros intermedios. Sin embargo, un año después, a fines de 1991, fueron derrotados categóricamente por una fracción encabezada por dirigentes de segundo nivel en la jerarquía partidaria. La explicación que insiste en analizar la estrategia de los dirigentes, merece, por tanto, ser examinada cuidadosamente. Es posible que los *renovadores* hayan acertado su estrategia entre 1988 y 1990 y cometido errores decisivos entre fines de 1990 y principios de 1992.

No es difícil encontrar apoyo para esta hipótesis en la evidencia empírica disponible. Los testimonios coinciden en que los *renovadores* perdieron apoyo entre afiliados y cuadros intermedios cuando radicalizaron la revisión de la ideología comunista. Algunas de las convicciones que más habían identificado, durante décadas, a los comunistas (como la cuestión de la dictadura del proletariado) ya habían sido planteadas entre 1989 y 1990 y, en cierta medida, asimiladas por la estructura partidaria. Sin embargo, en el documento *El ocaso y la esperanza* presentado por Jaime Pérez y debatido en el CC a principios de setiembre de 1991, los planteos autocríticos fueron bastante más lejos de lo que la estructura del partido, o lo que venía quedando de ella después de tantos meses de batalla interna, estaba dispuesta a aceptar. En ese texto, escrito con el telón de fondo de la renuncia del PCUS al marxismo-leninismo y del fallido intento de golpe de estado contra Gorbachov, decía Jaime Pérez:

*“Es casi una obligación escribir sobre este tema (...). Una obligación histórica, moral y política. Por primera vez desde que existe el PCU –y son más de 71 años-, nos distanciamos claramente de una posición y de una actitud adoptada por los que en ese momento invocaban la representación del Estado soviético (...). No podemos, ni queremos, hacernos los desentendidos con lo que pasa en la URSS, porque nuestra*

*historia tiende mucho que ver con ese proceso y nada es peor que escabullir el bulto. (...) Nuestras definiciones sobre estos temas tienen directa relación con nuestro destino como partido (...). Hay que tener el rigor de interrogarse y buscar dentro de la propia teoría los errores, las fallas que permitieron esta transformación regresiva de la propia teoría. Porque echarle la culpa a los hombres, a sus debilidades, es simplemente, escapar del problema. (...) ¿Es necesario un Partido Comunista? Cuando este mundo, y en particular, la cuna del socialismo y de los partidos comunistas de 'nuevo tipo' se convulsiona y se remueve de raíz, hay una pregunta que no debemos obviar, ni siquiera por razones emocionales o afectivas. Esta es una pregunta que se formulan muchos comunistas en el día de hoy. (...) Nosotros nos propusimos en el XXII Congreso un camino democrático al socialismo y un socialismo democrático. (...) ¿Sólo el PCU puede proponerse ese objetivo, o podemos compartirlo con otros compañeros? Ya en el XXII Congreso dijimos que para elaborar, dar respuesta a los desafíos teóricos, era conveniente aunar fuerzas entre todos. En otras oportunidades nos planteamos en el Partido la posibilidad de la unidad de en un solo partido obrero con los compañeros socialistas. Hoy la realidad es mucho más rica y más compleja y el espectro de las fuerzas con las que podemos participar juntos es más amplio. En el XXII Congreso este tema estuvo planteado. No puede quedar sólo en una formulación de deseos (...). Y tenemos que comenzar a caminar en este sentido con grandeza, con imaginación, con visión de futuro. (...) No es una tarea fácil, no es un cambio pequeño. Representa una revolución en nuestras concepciones (...). Creo que los comunistas debemos trabajar en esta perspectiva (...).<sup>16</sup>*

La propuesta, como el propio Jaime Pérez admitía, era francamente revolucionaria. Ya no se trataba solamente de modificar aspectos de la ideología comunista. Ante el impactante ocaso del socialismo, la única esperanza que ofrecían los *renovadores* era la construcción de un nuevo espacio político, “*socialista y democrático*”, con otras corrientes de izquierda. La radicalidad del planteo abrió una brecha para la irrupción de una poderosa corriente de resistencia anclada en la tradición ideológica comunista. La defensa de la tradición pasó a manos de los *históricos*.

### **Hacia un enfoque centrado en la ideología**

No es difícil concluir que los *renovadores* llevaron su propuesta de revisión de las bases ideológicas del PCU mucho más lejos de lo políticamente viable. Pocos partidos en Uruguay habían construido una interpretación de su propia historia más rotundamente triunfalista. A partir de 1955 los comunistas estuvieron convencidos del “*acierto de la línea*” (en la jerga interna, sostenían que había sido “*esencialmente justa*”). Esta visión que, obviamente, era funcional a la reproducción de la hegemonía de la elite que tomó el control de la organización en 1955, había sido ampliamente divulgada y pacíficamente aceptada por la masa partidaria. Para cualquiera que reflexionara sobre el punto era fácil suponer que una autocrítica radical de la orientación tradicional encontraría serias resistencias en el aparato partidario. Los dirigentes *renovadores* no eran novatos ni poco avezados. ¿Por qué políticos tan experimentados, y que conocían tan bien a la masa de militantes y cuadros del PCU, hicieron un planteo tan radical? ¿Fue un error de cálculo? ¿Lo hicieron pensando que, de este modo, maximizaban la posibilidad de seguir liderando el partido? ¿Aspiraban, acaso, a dejar de dirigir un partido comunista en crisis para pasar a controlar un nuevo proyecto político (socialista y democrático) potencialmente más influyente? Es poco probable que se hayan

---

<sup>16</sup> Este texto fue publicado en el diario de los comunistas, La Hora Popular, el 1º de setiembre. Puede leerse en Pérez (1996:175-183).

equivocado tanto. En realidad, tanto los documentos de la época como las entrevistas realizadas sugieren que la radicalización del planteo renovador fue una expresión honesta del desconcierto reinante. Al compartir sus dudas con el resto del partido, los dirigentes renovadores duplicaron el agravio a la tradición ideológica comunista. Ni la autocrítica ni la duda habían formado parte del perfil del dirigente comunista. Tradicionalmente, la obligación de la dirección del partido no es formular preguntas incómodas y sembrar dudas sino dar respuestas contundentes y ofrecer certezas.

No alcanza, por tanto, con señalar que los *renovadores* se equivocaron cuando radicalizaron su propuesta. Es necesario explicar qué razones pudieron haber tenido para adoptar esta estrategia. ¿Por qué dirigentes que tenían décadas de militancia en el PCU y que habían sido capaces de mantener sus convicciones en las situaciones más extremas, bajo los peores tormentos, de golpe, no pudieron evitar, en 1991, dejarse invadir por toda clase de preguntas respecto al proyecto histórico comunista? ¿Por qué si conservaron la fe en sus ideas durante los largos años de la dictadura la perdieron en pocos meses, después, en plena democracia? Una de los entrevistados en el marco de esta innovación aportó una clave fundamental: *“Nosotros podíamos soportar cualquier cosa. La dictadura. Los errores políticos cometidos. Los comunicados 4 y 7. Nada de eso iba a destruir al partido. Lo único que no podíamos soportar era el derrumbe del socialismo real”*. Como veremos en seguida, este punto es realmente fundamental. Sin embargo, no resuelve completamente el enigma. No es posible terminar de entender la crisis del PCU sin tomar en cuenta el factor liderazgo. El PCU recibió, en menos de dos años, dos golpes letales. Entre 1989 y 1991 perdió el referente externo. En diciembre de 1989 perdió Rodney Arismendi. Analicemos ambos factores por separado.

### **i) Cientificismo, internacionalismo: shock externo y crisis del PCU**

No es posible entender la crisis del PCU entre 1989 y 1992 sin registrar el trauma devastador del shock externo. La *renovación* se desencadena al mismo tiempo que, en la URSS, Gorbachov lanza la Perestroika y la Glasnost. La *renovación* se acelera a medida que aumenta el flujo de información sobre la gravedad de los problemas acumulados en los países del campo socialista. La *renovación* se radicaliza después que cae el Muro de Berlín en 1989 y, muy especialmente, cuando también empieza a derrumbarse la URSS.

El PCU no dependía materialmente del campo socialista para funcionar. Ni su teoría de la revolución, ni sus planteos tácticos y estratégicos eran proporcionados por Moscú y el Kremlin. Pero el PCU sí dependía mucho del campo socialista y de la URSS en otro sentido, mucho más importante. Los comunistas uruguayos estaban convencidos que vivían la *“época histórica de tránsito del capitalismo al socialismo a escala mundial”*. Y, como se explicó en el capítulo 3, pensaban que la existencia de la URSS y el campo socialista era la demostración definitiva del carácter científico del marxismo-leninismo y del acierto de sus ideas. La fe de los comunistas uruguayos se apoyaba en esa interpretación del siglo XX. No había documento del PCU en que esta argumentación no apareciera formulada. Apenas un año antes del colapso del sistema socialista, en el Proyecto de Tesis del CC XXI Congreso podía leerse:

*“La Revolución de Octubre, la gran revolución animada por Lenin y los bolcheviques, inició una nueva época. Dejó de ser omnímodo el mundo del capital y el imperialismo, que entró en su crisis general, en una marcha azarosa entre crisis cíclicas y auges coyunturales. El siglo XX es el siglo del advenimiento de un nuevo sistema social que hoy abarca a 1.500 millones de personas, que en los diversos confines de la tierra, aun*

*en medio de errores y procesos críticos, construyen el socialismo o han instaurado como en África, gobiernos de orientación socialista, mientras se ha disgregado para siempre el sistema colonial del imperialismo. Millones de hombres en Asia y África edifican una vida independiente y América Latina, con Cuba socialista y Nicaragua liberada, ha emprendido la segunda guerra de la independencia. (...). Fue Lenin el que tenía razón y no la socialdemocracia, que solo atina a administrar el capitalismo. (...). Si la Revolución de Octubre significó la iniciación de una nueva época, la Perestroika y el debate autocrítico de la URSS es el más grande acontecimiento de la historia del movimiento obrero de esta última parte del siglo, que sigue mostrando la superioridad del socialismo, más allá de todas las dificultades y errores” (p.53).*

Arismendi insistía sistemáticamente en ese concepto: “*El proceso mundial verificó la teoría de Lenin de la revolución socialista*” (Arismendi 1983:43). “*El mundo de hoy es, en sustancia, la victoria del marxismo y el leninismo. Desde la Unión Soviética hasta Vietnam y Cuba, desde Europa y las jóvenes revoluciones africanas, hasta las singularidades latinoamericanas; desde Nicaragua victoriosa al pequeño y heroico El Salvador; hasta Chile, Uruguay y otros países*” (Arismendi 1983:41). Para Arismendi y, en consecuencia, para los comunistas uruguayos, Lenin y la revolución rusa marcan el comienzo de una nueva época histórica: “*El leninismo, por la conducción de Revolución Rusa y la fundación del primer Estado socialista, como por su elaboración de la teoría socialista internacional en el período del imperialismo, y la formación del movimiento comunista internacional, debe considerarse con razón como el marxismo de nuestra época, es decir, de la época del tránsito del capitalismo al socialismo en escala mundial*” (Arismendi 1983:30). El colapso del campo socialista, incluida la URSS, derribó, por ende, uno de los principales cimientos de la concepción comunista. Para muchos comunistas, que se habían tomado muy en serio esta lectura del siglo XX, el derrumbe del socialismo cuestionaba la teoría. El argumento que había servido de pilar para la fe se convirtió en un boomerang demoledor. Si la “*praxis*” del siglo XX, hasta 1989, demostraba, según Arismendi, el acierto del marxismo-leninismo, la evidencia empírica aportada por el colapso del comunismo sólo podía ser interpretada como la prueba categórica del fracaso de la teoría. Muchos militantes y dirigentes no pudieron evitar hacer ese razonamiento. En el CC de 6 y 7 de setiembre, Luis Garibaldi fue uno de los que explicitó este nexo causal:

*“Los uruguayos no somos una isla entre los comunistas del mundo. Más allá de nuestro intento de elaboración de una teoría de la revolución uruguaya independiente y sin recetas, que hicimos y logramos en forma renovadora. Pero la visión del mundo, el análisis de los procesos que se desarrollaron en los países del Este y de otras zonas del planeta, lo hicimos sobre la base de que los mismos confirmaban en la práctica la teoría marxista-leninista de la construcción del socialismo. Y es más. Cuando Arismendi polemizaba con quienes ya en la década del 60 o del 80 señalaban la crisis del marxismo-leninismo, su principal argumento era ese, la práctica es el criterio de la verdad. Y en el mundo había cientos de miles de personas en la sociedad con esas premisas teóricas. Por eso tenemos que reconocer en primer lugar que la teoría está en crisis y esta crisis es también nuestra”.*

La radicalización de la *renovación*, dicho sea de paso, es un nuevo ejemplo de profundísima conexión ideológica entre los comunistas uruguayos y sus pares soviéticos. La radicalización de la *renovación* está directamente conectada con la profundización de la crisis del PCUS y su decisión de abandonar el marxismo-leninismo. Toda la historia del PCU, como se dijo en el capítulo 3, está estrechamente relacionada con la peripecia del PCUS. Es difícil encontrar en el mundo otro partido que

haya tenido tanta facilidad para acompañar las inflexiones de la trayectoria del PCUS. Cada movimiento del partido de Lenin tuvo su correlato prácticamente automático en el de los comunistas uruguayos. El año 1991 nos ofrece otro ejemplo de la misma lógica. El PCUS abandona su principal seña de identidad. Acto seguido, el PCU, a través de su secretario general, se pregunta si vale la pena mantener al Partido Comunista y se dispone a intentar alianzas con fuerzas que compartan los principios de la democracia y el socialismo. El PCU nació con la URSS bajo el impacto del liderazgo de Lenin y del PCUS. La disgregación de la URSS y la crisis del leninismo lo dejaron al borde de la muerte.

En suma. Durante 1991 los dirigentes de la *renovación* llevaron sus planteos revisionistas mucho más lejos de lo que la tradición comunista admitía. No fue un error de cálculo. Lo hicieron porque el shock externo los dejó sin referencias. La opción por esta estrategia les costó perder rápidamente apoyo en la estructura partidaria como quedó de manifiesto en la elección del Comité Departamental de Montevideo. Entre diciembre de 1991 y abril de 1992, la inmensa mayoría de los dirigentes renovadores renunciaron al CC y al CE. Por eso mismo, a los *históricos* no les dio demasiado trabajo tomar el control del partido en el Congreso Extraordinario de mayo. Reflexionando años después sobre estos eventos, Jaime Pérez se preguntaba: “¿por qué la mayoría del Ejecutivo y del Comité Central de un Partido se pone de acuerdo en no dar la pelea, en irse? Entregarle la dirección del Partido a esta fracción, de hecho, aunque no fuera la idea inicial, en definitiva se transformó en irse, para la gran mayoría. Pera la gran mayoría del Ejecutivo, la gran mayoría del Comité Central se fue. Se fue ya no del poder, se fue del Partido” (Pérez 1996:164). Se fueron porque ya no sabían qué pensar. Ya no tenían fe en sus ideas.

## ii) Ideología y liderazgo: muerte de Arismendi y crisis del PCU

“Hace 20 años se fue, y la crisis profunda que vivió el PCU tuvo notorias causas externas, pero no creo decir ninguna novedad si afirmo que muchas cosas hubieran sido diferentes con Arismendi”, afirmó hace poco, Esteban Valenti.<sup>17</sup> No es posible saber qué hubiera ocurrido en el PCU si su líder histórico hubiera estado al frente del partido durante los años más críticos. Pero muchos testimonios recogidos durante este trabajo apuntan en la misma dirección de la reflexión contrafáctica de Valenti. Hay dos buenas razones para pensar que, con Arismendi vivo, el PCU hubiera podido asimilar mejor el shock externo. La primera proviene de una mirada a la trayectoria de otros partidos estructurados sobre bases ideológicas similares. Los estudios comparados muestran que todos los partidos comunistas sintieron, en mayor o menor medida, el impacto del colapso del socialismo (Bell 1993; Ramiro-Fernández 2003). Sin embargo, algunos partidos lograron administrarlo mucho mejor que el uruguayo. El Partido Comunista Francés y el Partido Comunista Portugués son dos ejemplos muy notables de cómo fue posible, para algunos de estos partidos, minimizar el daño y acotar la disidencia interna. La revisión de ambos casos permite poner de manifiesto la segunda variable decisiva en la explicación de la intensidad de la crisis del PCU: el factor liderazgo.

---

<sup>17</sup> Esteban Valenti, “Rodney Arismendi: Un referente fundamental”, diario *La República*, Domingo, 27 de diciembre, 2009, Montevideo.

Repasemos rápidamente algunos mojones de la historia del PCF. Como tantos partidos comunistas del mundo (entre ellos, el PCU), el PCF tuvo una gran votación después de la segunda guerra. Como el italiano (y el uruguayo), se prestigió mucho durante la resistencia al nazismo. En los 60' llegó a tener 260.000 afiliados. Seguramente como consecuencia de las fuertes críticas recibidas por su apoyo a la intervención de la URSS en Checoslovaquia, a instancias de su nuevo líder, George Marchais, el PCF se distanció de la URSS y se acercó a las posiciones que venían propiciando los comunistas italianos y los españoles. En el XXII congreso, celebrado en 1976, el PCF renunció a la dictadura del proletariado. Como los italianos, los comunistas franceses hicieron un gran esfuerzo por pasar de la oposición al gobierno. A diferencia del PCI, que remó y remó y nunca llegó a la orilla, el PCF participó en tres gobiernos (con De Gaulle, después de la segunda guerra), con Mitterrand y con Jospin. A pesar de su acercamiento al eurocomunismo nunca rompió, como el PCI, con Moscú (en los 80' apoyó la invasión de Afganistán). En general tiene una historia de ortodoxia, y de cercanía con la URSS, parecida a la del PCU uruguayo. Sintetizando la posición de los comunistas franceses sobre el socialismo real, Marchais acuñó en 1979 una fórmula que hizo carrera: *“balance globalmente positivo”*. A diferencia del PCU, el derrumbe del Muro de Berlín y de la URSS los encontró atravesando un proceso de decadencia electoral. Sin embargo, en el momento más difícil, pudieron contar con su líder, Georges Marchais que se mantuvo en la Secretaría General hasta 1994. Recién en ese momento, el PCF hizo algunos cambios profundos y se alejó del leninismo. En suma, el PCF logró sobrevivir al impacto del colapso del campo socialista. Su caudal electoral en las elecciones legislativas pasó de 11% en 1988 a 9% en 1993 (Morris 1994:37). Su nivel de apoyo se mantuvo en el orden del 10% durante muchos años. Recién en el 2002 se desplomó. Es evidente que recibió el impacto del colapso del socialismo. Pero, el hecho de haber tomado, en algunos momentos, distancia respecto a la URSS, sumado a la supervivencia de su líder histórico, le permitieron minimizar el daño.

El caso del PCP es también revelador de la importancia del factor liderazgo. El PCP, históricamente, como el PCU, fue un partido ortodoxamente marxista-leninista. A diferencia del PCF nunca formó parte del movimiento eurocomunista. Pero construyó un balance distinto entre internacionalismo y nacionalismo al del PCU. Sin perjuicio de defender los principios del *“internacionalismo proletario”*, la ideología del PCP tuvo un énfasis nacionalista distintivo (Patricio and Stoleroff 1993:78). Frente a la Perestroika tuvieron una posición ambigua, en la que podía entreverse una creciente desconfianza ante algunas de las reformas (Patricio and Stoleroff 1994:98). Ya en XII Congreso, Cunhal enfatizaba la autonomía del PCP: *“He maintained that the PCP never followed the East European model of socialism, and that it had and maintained a distinct practice and style firmly rooted in Portuguese society. The PCP, according to Cunhal, had ‘a clear and tranquil conscient, and would continue to present itself with its head high and its feet firmly on the ground’. (...)”* (Patricio and Stoleroff 1994:103). Poco después, las críticas se hicieron explícitas. En mayo de 1990, el PCP sostuvo que la causa de la crisis del bloque socialista había que encontrarla en los *“errores”* y *“desviaciones”* respecto al leninismo (Patricio and Stoleroff 1993:75). Un año después el PCP apoyó el golpe de los *“ortodoxos”* en la URSS (Patricio and Stoleroff 1993:111-112). La Perestroika y el colapso del campo socialista generaron la emergencia de planteos disidentes dentro del PCP. La dirección se las ingenió para deslegitimar las posturas críticas y conservar la hegemonía. Los disidentes fueron renunciando. En términos electorales, el PCP perdió 3% entre las elecciones legislativas de 1988 (12%) y las de 1991 (9%). Desde entonces, el apoyo al PCP ha oscilado entre un mínimo de 7%

y un máximo de 9%. Cunhal se retiró en 1993 de la Secretaría General. Aunque no pudo evitar que el PCP se debilitara, es evidente que, como Marchais, logró minimizar el impacto del shock externo.

Tanto el PCP como el PCF estaban, en términos ideológicos, un poco mejor pertrechados que el PCU para evitar el contagio de la crisis del campo socialista. El coqueteo con el eurocomunismo del PCF y el nacionalismo del PCP facilitó que las respectivas direcciones tomaran distancia del shock externo y construyeran argumentos para justificar el desplome del *socialismo real*. Sin embargo, es evidente que Marchais y Cunhal jugaron un papel muy importante. Como se explicó en el capítulo 3, el líder comunista juega un papel decisivo. El prestigio de Arismendi entre los comunistas uruguayos era al menos igual al de sus colegas, Marchais y Cunhal en sus respectivos partidos. Sobre esto, escribió Jaime Pérez:

*“En realidad, respecto a todo el núcleo de la dirección del Partido, Arismendi estaba muy por encima; realmente, descolló. Tenía una cultura que rebasaba en mucho la norma media y un conocimiento teórico muy profundo con una capacidad intelectual para indagar en todos los procesos latinoamericanos. Se puede decir que había otros compañeros muy capaces, pero ninguno de nosotros – aquí empleo el “nosotros”- vio tan lejos como él la perspectiva futura. Tenía una capacidad de trabajo imponente (...). Inclusive si él no hubiese muerto en diciembre del 89’, si hubiera estado hasta el momento de la presentación de “El ocaso y la esperanza”, su autoridad hubiera refrenado todos los impulsos fraccionalistas que fueron preparando las condiciones para transformar el Partido en lo que es hoy” (Pérez 1996:22-23).*

Arismendi no sólo era un teórico muy respetado por los comunistas uruguayos. Además, era un político muy hábil, de reconocida capacidad negociadora. No sólo había logrado, a lo largo de tres décadas, ir amalgamando, sin traumas mayores, vertientes sociales y generacionales distintas dentro del PCU. Además, negociando con los otros partidos de izquierda, había contribuido a la construcción del FA. Pero también tenía buenos niveles de diálogo con los partidos de oposición, especialmente con algunos dirigentes del Partido Colorado. En el exilio, Arismendi jugó un papel muy importante, facilitando el encuentro entre los distintos actores del movimiento comunista internacional. Siendo hombre de confianza del Politburó del PCUS, mantenía un diálogo permanente y una sincera amistad con Enrico Berlinguer y los comunistas italianos. Por definición, es imposible saberlo: pero es probable que, si no hubiera muerto en 1989, el proceso de la crisis del PCU hubiera sido muy distinto.

## **Conclusión. La política de la fe**

Hace algunos años, buscando explicar la supervivencia del Partido Comunista Francés, Morris aportó una pista esclarecedora:

*“Understanding the PCF –escribió- requires (...) an appreciation of the politics of beliefs. The analogy of the French Communist Party and a church is no a new one; it was in the late 1940s that Raymond Aron and others developed the notion of communism as a secular religion. The last ten years have proved in France, as elsewhere, that the religion has lost its promised land and much of its congregation. (...).But to PCF believers present difficulties are ultimately less important than the survival of the communist Word. It is that enables its leadership –its priesthood- to survive” (Morris 1994:54).*

Ese argumento puede ser aplicado exitosamente al caso uruguayo. La persistencia de la fe ayuda a entender por qué, a pesar de los importantes conflictos internos que se habían acumulado como consecuencia de la dictadura, el PCU logró un despegue notable entre 1985 y 1989. La persistencia de la fe también permite entender la planta motriz del proceso de reconstrucción del PCU después de la crisis de 1992. Pero el efecto devastador en el sistema de creencias de los comunistas uruguayos provocado por el colapso del campo socialista constituye una parte fundamental de la explicación del derrumbe de la, aparentemente tan sólida, estructura política de los comunistas. Todos los partidos comunistas occidentales sufrieron el impacto del desplome del *socialismo real*. Sin embargo, en ese contexto, el PCU es un caso extremo. En apenas dos años su estructura organizativa se derrumbó. Las finanzas quebraron. Muchos bienes del partido fueron rematados. El partido dejó de poder pagarle el sueldo a sus funcionarios (en 1989 contaba con 200 militantes full-time). Los medios de comunicación cerraron. La mayoría de los locales debieron ser clausurados. Entre 1989 y 1992, pasó de aproximadamente 50.000 afiliados a menos de 5000. Entre 1989 y 1994 su peso electoral se redujo a la tercera parte. La votación obtenida por los comunistas en 1994 fue la menor en cuarenta años.

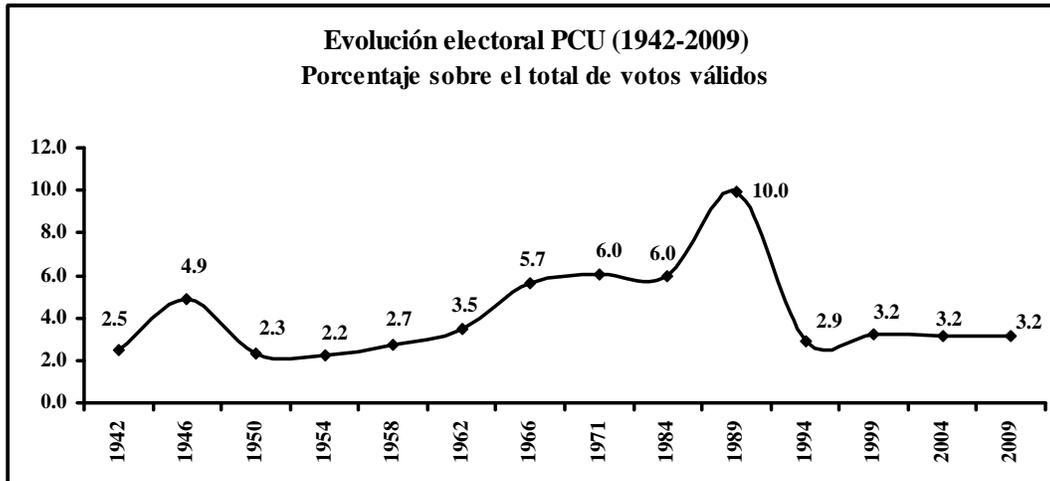
Algunas ideologías partidarias facilitan la adaptación de los partidos a los cambios del entorno. Los partidos populistas (como el justicialismo argentino) y las guerrillas populistas (como el MLN-Tupamaros) ofrecen excelentes ejemplos de este mecanismo causal. La peripecia de los comunistas uruguayos ilustra la situación exactamente opuesta. El PCU, sus decenas de miles de militantes abnegados, su enorme estructura organizativa, su altísima capacidad de movilización, se apoyaba en la fe. Los comunistas uruguayos, especialmente su esqueleto de dirigentes nacionales y cuadros intermedios, creían profundamente ser los principales protagonistas de un proceso revolucionario mundial que tenía como epicentro la URSS. La existencia del campo socialista era la prueba inapelable de la validez científica de sus convicciones. El colapso del socialismo dinamitó el cimiento de la fe. Rota la fe, la estructura organizativa más poderosa de la política uruguaya se quebró. El caso del PCU muestra hasta qué punto y de qué manera específica las características de la ideología partidaria pueden explicar la peripecia política, organizativa y electoral de un partido político.

## Bibliografía

- Álvarez, Rolando. 2003. *Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980)*. LOM Ediciones: Santiago de Chile.
- Álvarez, Rolando. 2007. "La tarea de las tareas: luchar, unir, vencer. Tradición y renovación en el Partido Comunista de Chile (1965-1990)". Tesis Doctoral. Universidad de Chile.
- Afanasiev, Víctor. 1985. *Manual de filosofía*. Editorial Cartago: Buenos Aires.
- Arismendi, Rodney. 1962. *Problemas de una revolución continental*. Ediciones Pueblos Unidos: Montevideo.
- Arismendi, Rodney. 1970. *Lenin, la revolución y América Latina*. Ediciones Pueblos Unidos: Montevideo.
- Arismendi, Rodney. 1983. *Lenin y nuestro tiempo*. Editorial Progreso: Moscú.
- Bell, David (ed.). 1993. *Western European Communist and the Collapse of Communism*, Berg: Oxford and Providence.

- Blyth, Mark. 1997. "Any More Bright Ideas? The Ideational Turn of Comparative Political Economy (review article)", *Comparative Politics*, Vol. 29, No. 2 (Jan., 1997), pp. 229-250.
- Caetano, Gerardo y José Rilla. 1991. "La izquierda uruguaya y el 'socialismo real'. Visión histórica de algunas trayectorias", Achugar, Hugo (ed.). *La herencia del socialismo real*. Fesur: Montevideo.
- Caetano, Gerardo, Javier Caetano y José Rilla. 1995. *La izquierda uruguaya. Tradición, innovación y política*. Ediciones Trilce: Montevideo.
- Downs, Anthony. 1957. *An Economic Theory of Democracy*. New York: Harper/Row.
- Garcé, Adolfo. *Donde Hubo Fuego. El proceso de adaptación del MLN-Tupamaros a la legalidad y a la competencia electoral (1985-2004)*. Fin de Siglo: Montevideo.
- Hall, Peter A. 1989. *The Political Power of Economic Ideas. Keynesianism across Nations*. Princeton University Press: Princeton-New Jersey.
- Kitschelt, Herbert. 1994. *The Transformation of European Social Democracy*. Cambridge University Press: Cambridge, New York and Melbourne.
- Klingemann, Hans-Dieter, Richard Hofferbert and Ian Budge. 1994. *Parties, Policies and Democracy*. Westview Press. Boulder, San Francisco, Oxford.
- Lanzaro, Jorge. 2000. "El Frente Amplio: un partido de coalición entre la lógica oposición y la lógica de gobierno", *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, pp.35-66.
- Levitsky, Steven. 2005. *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista. 1983-1999*. Siglo XXI-Editorial Sudamericana: Buenos Aires.
- Morris, Peter. 1994. "The French Communist Party and the End of Communism", *West European Communist Parties after the Revolutions of 1989*. MacMillan Press: Hampshire and London.
- Patricio, Maria Teresa and Alan Stoleroff. 1993. "The Portuguese Communist Party: Loyalty to the 'Communist Ideal'", David Bell (ed). *Western European Communists and the Collapse of Communism*, Berg: Oxford-Providence.
- Patricio, Maria Teresa and Alan Stoleroff. 1994. "Portugal: Perestroika and its Aftermath", Martin Bull and Paul Heywood (eds). *West European Communist Parties after the Revolutions of 1989*. MacMillan Press: Hampshire and London.
- Pérez, Jaime. 1996. *El ocaso y la esperanza*. Fin de Siglo, Montevideo.
- Przeworski, Adam y John Sprague. 1986. *Paper Stones. A History of Electoral Socialism*. University of Chicago Press: Chicago and London.
- Ramiro-Fernández, Luis. 2003. "The Crisis of Western Communist Parties: Reconsidering Socio-Structural Explanations". *Estudio/Working Paper 10*, Universidad Autónoma de Madrid.
- Silva, Marisa. 2009. *Aquellos comunistas*. Taurus: Montevideo.
- Schmidt, Vivien A. 2008. "Discursive Institutionalism: The Explanatory Power of Ideas and Discourse". *Annual Review of Political Science*. 2008.11:303-326.
- Turiansky, Wladimir. 2010. *Los comunistas uruguayos en la historia reciente (1955-1991)*. Fin de Siglo: Montevideo.
- Waller, Michael. 1995. "Adaptation of the former Communist Parties of East-Central Europe", *Party Politics*, Vol.1, N°4, pp.473-490
- Yaffé, Carlos. *Sobre el proceso de construcción del Partido Comunista de Uruguay* (dos tomos). Montevideo: Ediciones PCU.
- Yaffé, Jaime. 2005. *Al centro y adentro. La renovación de la izquierda y el triunfo del Frente Amplio en Uruguay*, Linardi y Risso: Montevideo.
- Yaffé, Jaime y Gabriel Buchelli. 2007. "Un ejército sin comandante en jefe conocido. Sobre el aparato armado del Partido Comunista", entrevista publicada en *Cuadernos de la Historia Reciente*, Vol. 2, Ediciones de la Banda Oriental: Montevideo.

## Anexos



Fuente: Banco de Datos de Política y Relaciones Internacionales Facultad de Ciencias Sociales – UdelaR

Composición de la Secretaría Ejecutiva del PIT-CNT (1985 - 2008)								
Congreso	III	IV	V	VI	VII	VIII	IX	X
Año	1985	1990	1993	1996	2001	2003	2006	2008
PCU	8	7	2	2	5	3	4	4
Ex - PCU		6	5	4	2	1	1	1
Total	16	14	16	13	13	13	14	16

Fuente: Yaffé (2005). Los datos del IX y X Congresos fueron proporcionados por el colega Luis Senatore (ICP-FCS).

### Entrevistas en profundidad realizadas (2009-mayo 2010)

#### Lista de entrevistados

**Arismendi, Marina.** Ex Secretaria General del PCU (1992-2006).  
**Abrines, Ruben.** Secretario del Departamental de Montevideo (1998-2000).  
**Lanza, Edgar.** Secretario de Finanzas y de Organización del PCU.  
**Legaspi, Alcira.** Integrante del CC del PCU. Secretaria de Educación hasta 1992.  
**Lev, León.** Secretario General del PCU (1974-1979). Secretario General de la UJC desde 1985 a 1986.  
**Massera, Ema.** Integrante del CC del PCU (1988-1992).  
**Millán, Hermes.** Integrante del Frente de Educación. Secretario de Finanzas (1992-1993).  
**Pintos, Alicia.** Integrante del CC desde 1998 y del Comité Ejecutivo desde 1992.  
**Rico, Álvaro.** Integrante del CC del PCU (1990-1992). Miembro del aparato de Educación.  
**Sanseviero, Rafael.** Secretario General de la UJC (1986-1992).  
**Turiansky, Wladimir.** Ex integrante del CC y del Secretariado del PCU.  
**Tutzó, Carlos.** Actual Secretario de Organización del PCU.  
**Valenti, Esteban.** Secretario de Propaganda del PCU (1985-1992).  
**Yaffé, Carlos.** Secretario de Organización del PCU (1998-2005).